

BOLSILIBROS
BRUGUERA

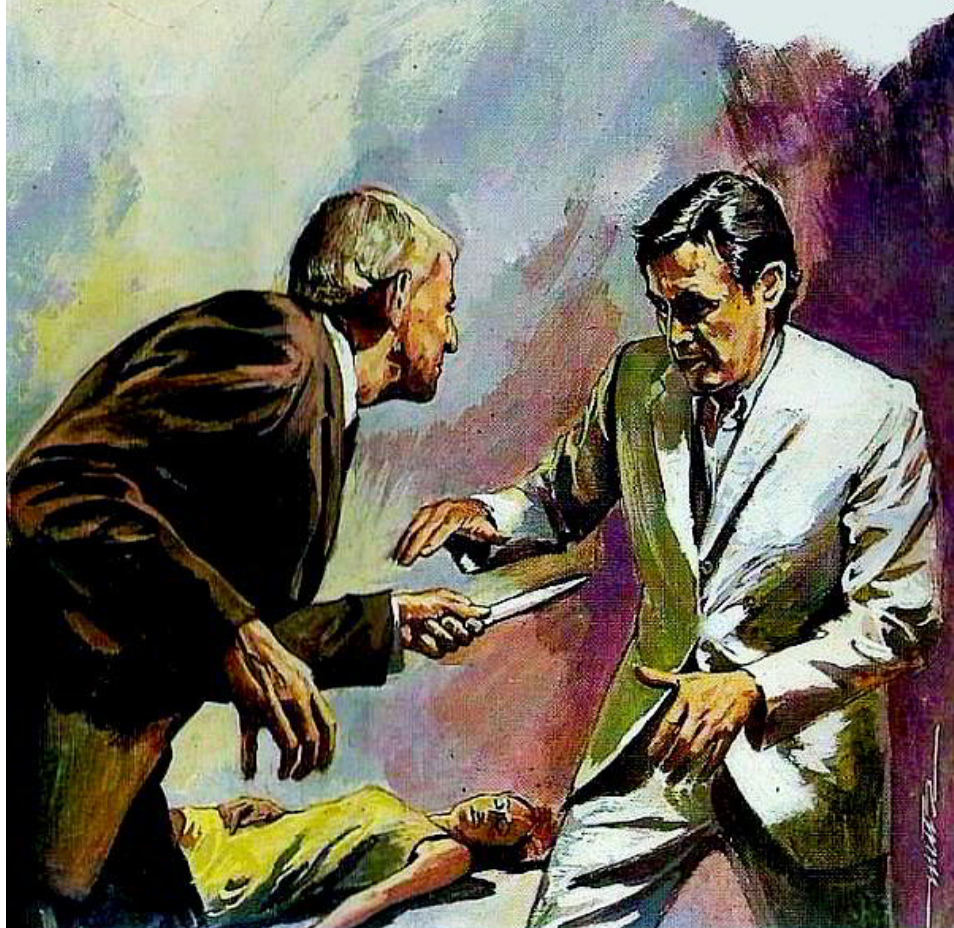
SERVICIO
SECRETO

SS

SOLO MAYORES
DE 18 AÑOS

SE MUERE SOLO DOS VECES

**Curtis
Garland**



Me lo había pronosticado uno de esos quiromantes de feria en una ocasión:

—Usted... usted tiene unas extrañas rayas en su mano, señor.

Yo me había sonreído, cambiando miradas burlonas con mis amigos, que reían sin tapujos ante la grave expresión del hombre de aire enfático que leía en la línea de mi mano. Puedo recordar ahora vagamente que era un individuo moreno, aceitunado, de pelo negro y rizado y aspecto agitanado. Posiblemente procedía de alguna tribu errante zíngara, aunque no presumía de ello para explotar su modesto negocio en la feria de Coney Island.



Curtis Garland

Se muere sólo dos veces

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1609

ePub r1.1

Lds 06.02.19

Título original: *Se muere sólo dos veces*

Curtis Garland, 1981

Cubierta: J. Núñez

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



PRÓLOGO

Me lo había pronosticado uno de esos quiromantes de feria en una ocasión:

—Usted... usted tiene unas extrañas rayas en su mano, señor.

Yo me había sonreído, cambiando miradas burlonas con mis amigos, que reían sin tapujos ante la grave expresión del hombre de aire enfático que leía en la línea de mi mano. Puedo recordar ahora vagamente que era un individuo moreno, aceitunado, de pelo negro y rizado y aspecto agitanado. Posiblemente procedía de alguna tribu errante zíngara, aunque no presumía de ello para explotar su modesto negocio en la feria de Coney Island.

—¿Qué ve de extraño en ellas, amigo? —pregunté, siguiendo la broma, con un guiño de complicidad a mis amistades.

—Algo que nunca había visto antes de ahora a nadie —manifestó con tono dramático, fijando en mí sus negrísimos ojos brillantes—. ¿De verdad quiere saber lo que es?

—Creo que para eso le he pagado un dólar por su trabajo, ¿no es cierto? —Había sido mi respuesta.

—Está bien —suspiró el quiromante, moviendo la cabeza con pesimismo, de un lado a otro—. Usted lo ha querido. Debo anunciarle que la línea de la vida se interrumpe bruscamente en plena juventud, muy pronto.

—¿Y eso quiere decir...?

—Quiere decir que morirá usted en breve, señor —me dijo con tranquilidad.

Todos reímos de buena gana, aunque confieso que en ese momento yo arrugué un poco el ceño y miré a mis amigos algo molesto.

—Bueno, bueno, ya basta —les reproché—. Se trata de mi vida,

no de la vuestra. ¿Qué tiene eso de gracioso?

—Vamos, vamos, Gene —me reprochó mi cuñado, Neil Sutton—. Esto es todo una broma, ¿no? No irás a tomarte en serio esa profecía...

—No es profecía, señor —replicó el quiromante volviéndose a él con aire ofendido—. Me limito a leer las líneas de su mano. Y ellas nunca mienten. Ahí está escrito el destino de cada persona, inexorablemente.

—¿Y dice usted que mi destino es... morir pronto? —indagué, intentando disimular la risa.

—Exacto, señor. Su destino es morir *muy* pronto —asintió sombrío—. Pero ahí comienza lo extraño.

—¿Comienza? —repetí el término con ironía—. No creo que cuando uno muere empiece nada. Más bien termina, ¿no es cierto?

—Así ocurre siempre. Pero usted tiene algo raro en sus líneas de la mano, señor. Una sorprendente raya de la vida...

—¿Qué es lo sorprendente?

—Verá... —Pareció elegir cuidadosamente las palabras, mientras volvía a clavar sus ojos de azabache en la palma de mi mano—. Su línea de la vida se rompe *dos veces*. Es decir, después de quebrarse con su cercana muerte... vuelve a brotar hasta el fin definitivo. En suma: *usted morirá dos veces*. No tiene explicación, pero es así. Ahora, por favor, deje paso al siguiente. Ha consumido su tiempo.

Salimos de la caseta del quiromante riendo. El hizo pasar a un nuevo cliente, a quien comenzó a examinar la mano con atención. Desde la salida, yo volví la mirada atrás un momento, sin saber si reír o tomarme en serio algo de todo aquel absurdo juego. Sentí un leve escalofrío cuando noté la mirada del zíngaro fija en mí, por encima del hombro del nuevo cliente. Era como si contemplase a un fenómeno de barraca de aquella misma feria que nunca antes viera en su vida.

Debo confesarlo. En aquel momento dejé de sonreír.

E incluso sentí miedo.

Sus palabras fantásticas retumbaron en mi mente, mientras seguía a mis amigos por la bulliciosa y deslumbrante feria en dirección a la montaña rusa. Miré mi mano, tratando de descubrir en aquellas simples arrugas a las que nunca había concedido la menor importancia, la posible realidad de aquella insólita

afirmación del quiromante:

—Usted morirá dos veces...

Naturalmente, no pude ver ni leer nada. Para mí, seguían siendo solamente amigas, líneas que no decían cosa alguna, surcando la palma de la mano.

Pero ahora lo recuerdo muy bien. Y tengo motivos para ello.

Porque todo ha sucedido como dijo el hombre de raza gitana de la feria de Coney Island.

CAPÍTULO PRIMERO

Shirley me estaba esperando en el aeropuerto aquella lluviosa noche del otoño de Los Angeles, siempre suave de temperatura, pero siempre húmedo en esa época del año.

El avión procedente de Honolulu aterrizó en el aeropuerto internacional de Los Angeles sobre la pista brillante y charolada por la lluvia. Las luces de la ciudad y de las instalaciones del recinto aéreo brillaban como gemas en la noche nubosa.

Ya estaba de regreso en casa. Tenía por delante una serie de días a mi disposición, para disfrutarlos junto a Shirley en Bel Air o en nuestra casa de Santa Mónica. Los negocios quedaban atrás. Y las preocupaciones que ellos implicaban, también. Mi cadena de empresas había logrado instalarse con éxito en Hawai, y ahora llegaba el momento de celebrarlo adecuadamente. Mucha gente envidia a los que somos ricos y poseemos grandes negocios. Yo, muchas veces, envidio a quienes no tienen nada de eso y pueden disfrutar normalmente del

week-end

o de sus vacaciones.

Crucé la pista hacia el acceso de viajeros, esperando ver en cualquier momento a Shirley con alguna de sus amigas o con Neil, su hermano, aguardando mi llegada. Entonces advertí que no sólo yo era esperado en el aeropuerto, entre los viajeros que arribaban a Los Angeles.

Otro avión había tomado tierra recientemente y una serie de disparos de *flashes* fotográficos me advirtieron de la presencia de alguna personalidad famosa en ese vuelo casi simultáneo con el nuestro. Oí mencionar en los altavoces algo sobre la llegada de aquel vuelo europeo.

Un hombre rodeado de personal que protegía su persona, posiblemente guardaespaldas y gente de su escolta, avanzaba sonriente hacia los fotógrafos. Reconocí en él a un importante político europeo, de visita sin duda en los Estados Unidos. Había alrededor suyo agentes uniformados también. Y otros que me olieron a federales. Tenía motivos para olfatear a esa clase de agentes. Uno de mis mejores amigos era precisamente un agente del FBI en California, el bueno de Gavin Maynard.

Los fotógrafos y los reporteros provistos de magnetófonos cercaban ya por completo al prohombre político. Se bloquearon las salidas y los componentes del viaje de Honolulu, que tomábamos también la salida de vuelos internacionales por haber viajado a bordo de un reactor procedente de

Hong-Kong,

nos quedamos forzosamente detenidos, en un segundo piano, a la espera de que el camino se despejase. En medio de aquella multitud y con el destello cegador de los *flashes* hiriendo mis pupilas, resultaba virtualmente imposible descubrir a Shirley por parte alguna. Decidí armarme de paciencia, aunque procuré con celeridad filtrarme a medias entre el grupo de gentes situado ante él.

Lo hice tan bien que pronto estuve a la altura del político europeo y de sus guardaespaldas, enfrentando al implacable disparo de aquellos relámpagos azules de los fotógrafos.

Cometí entonces un terrible error, sin duda. Pero me pregunto ahora si, después de todo, el zíngaro de la feria no tenía razón al decir que todos tenemos marcado previamente un destino y es inútil cuanto hagamos por evitarlo.

Mi error fue aprovechar esa hábil maniobra de infiltración y adelantarme incluso al grupo del político y su escolta, impaciente por salir de aquel tapón humano bajo la llovizna.

Pisé el umbral bien iluminado de las instalaciones del aeropuerto, anticipándome en segundos al ilustre recién llegado. Ése fue el gran error.

Y sus consecuencias pronto estallaron como algo brutal e irremediable, envolviéndome en su vorágine de violencia y sangre.

Porque de repente vi frente a mí a los tres hombres.

Habían surgido de entre la multitud del aeropuerto, envueltos en sus oscuros impermeables, que no eran una prenda sorprendente en

un día lluvioso. Hasta entonces, en ellos, no había debido existir indicio sospechoso alguno. Cuando las cosas cambiaron, era tarde ya para evitar lo peor.

De debajo de sus impermeables, extrajeron con rapidez modernas metralletas automáticas con las que encañonaron el grupo formado por el político extranjero y su escolta. Lo malo es que también yo estaba formando parte de ese grupo y en posición destacada ante ellos.

No tuve tiempo de nada. Las armas comenzaron a crepitar con sonidos ásperos, secos, casi espasmódicos. Gritos de terror y una profunda confusión se adueñaron del aeropuerto internacional de Los Angeles.

Las llamaradas brotaban con rabiosa precipitación de los cañones de sus armas, asestadas sobre nosotros. Un huracán de proyectiles se abatió en nuestras personas, sin posibilidad alguna de impedirlo. Sentí la repetida mordedura candente de las balas en mi cuerpo, mientras otros cuerpos bailoteaban a mi alrededor, algunas cabezas parecían estallar, reventando como latas de tomate para salpicarlo todo de un rojo violento y estremecedor, y muchos caían abatidos, igual que un castillo de naipes azotado con fuerza.

Era una auténtica masacre, y yo estaba siendo una de sus víctimas involuntarias, me daba exacta cuenta de ello, pese a que todo lo veía borroso y mi cuerpo me dolía terriblemente. Apreté mis manos contra un punto donde el dolor era más intenso, y aterrado comprobé que la sangre fluía copiosa, corriendo entre mis dedos y goteando al suelo.

—Dios mío... —Creo que jadeé en aquel terrible momento—. Me han... matado...

Caí, y las balas siguieron rugiendo por encima de mi cabeza, abatiendo cuerpos en una escalofriante matanza. Algunos de esos cuerpos se desplomaron sobre el mío y noté el golpeteo hirviente de la sangre que escapaba, tumultuosa, de muchas heridas abiertas en ellos.

Después, de una forma más turbia ya, creí ver hombres uniformados que brotaban de todos los lados, revólver en mano, disparando sin piedad sobre los asesinos que, a su vez, se revolvían, haciendo tabletear sus armas automáticas en abanico, haciendo caer a algunos de los agentes. La masacre proseguía entre una baraúnda

aterradora de vidrios pulverizados, paredes acribilladas, muebles despanzurrados y destrozo total.

Pero todo eso, a mí, me tenía ya sin cuidado. Estaba empezando a perder la noción de todo. Y lo malo es que sabía que este desvanecimiento sería definitivo. Sentí una rabia terrible, aun en mi agonía. Una impotencia devastadora que me hacía ir muriendo lenta, implacablemente, sin posibilidad alguna de luchar por mi vida.

—Shlrley... —gemí roncamente, debatiéndome entre los cuerpos ensangrentados.

Y perdí en parte el conocimiento. Sólo en parte. No supe nunca cuánto tiempo transcurría, pero llegué a verme alzado cuidadosamente en brazos de varias personas, extraído de entre cadáveres y conducido rápidamente a una camilla. Ésta, a su vez, era introducida con apremios en una ambulancia, que partía a toda velocidad a través de la noche lluviosa, haciendo sonar insistente su sirena.

Es todo lo que alcancé a vislumbrar o intuir. Luego, de repente, todo fueron tinieblas. Y de haber tenido ya consciencia para ello, me hubiese preguntado a mí mismo si esto era, después de todo, el momento final. La muerte.

* * *

No. Aún no era la muerte.

Pero no me costó sospechar que estaba en el umbral de la misma. Ello sucedió apenas se aclaró mi visión y tuve cierto concepto de las cosas que me rodeaban. Aquella campana plástica, aquel suero suspendido sobre mi cabeza, destilando gota a gota su contenido, aquel otro frasco de plasma sanguíneo, colgando igualmente sobre el lecho, y del que partía un tubo de plástico trasladando la sangre renovada a mis venas, a través de una punción en mi brazo...

Tubos por doquier: mi nariz, mi boca, mi garganta... Era una especie de cuerpo sostenido con vida milagrosamente todavía. Un bip-bip-bip monocorde, regular, llegó a mis oídos débilmente. Imaginé lo que podía ser: un cardiómetro, marcando paso a paso las pulsaciones de mi corazón. Debía de estar internado en la UCI de

algún centro médico de la ciudad. Pero eso importaba poco, pensé. Aquello era el final, evidentemente.

A través de la campana de plástico en que me hallaba encerrado, vislumbre de modo turbio a las personas que me contemplaban, todas ellas con uniforme verde y mascarilla al rostro. Médico, enfermeras acaso... Conté a un hombre y dos mujeres. Una de ellas, además de mascarilla, lucía gafas de montura dorada sobre sus ojos.

El aire olía fuertemente a antisépticos, como huelen todos los hospitales. Noté que podía respirar gracias a aquellos tubos. Y que, sin duda, mi vida se prolongaba artificialmente gracias a ellos y a los cuidados médicos intensivos en aquel lugar reservado a los casos de extrema gravedad.

Noté que alzaban el plástico sobre mi cabeza. Sin duda habían advertido que yo recobraba el conocimiento. Eso, quizás, les hacía sentirse un poco más optimistas. Pero el rostro que me contempló, los ojos que me miraron, inescrutables y severos, por encima de la mascarilla, no hacían presagiar nada bueno.

—Serénese —oí su voz como si hablara a una milla de distancia—. Estamos cuidando de usted, señor DeForest. Todo va bien.

Me sonó a hueco, a simple alivio para un agonizante y nada más. Miré al hombre. Sus ojos eran azules, muy azules y fríos. Debí musitar algo, porque noté que movía los labios y un sonido ronco escapaba por mis tubos. Pero no coordinaba bien mi cerebro, y ni siquiera supe lo que decía.

Pero él sonrió, se volvió a mirar a las dos mujeres de verde que le escoltaban, y me dijo, inclinándose hacia mí amistosamente:

—Soy el doctor Nichols, del Centro Médico de la Fundación Ridgeway. Está en buenas manos, no tema. Su esposa aguarda fuera. Podrá verla en breve.

Mi esposa. Shirley... Ahí sí logré coordinar. Era espantoso, pensé angustiadamente. Yo la amaba. Había viajado con la ilusión de reunirme con ella tras aquel maldito viaje a Hawai por asuntos de negocios. Y ahora... Ahora iba a emprender un viaje mucho más largo. Un viaje del que no se volvía jamás.

Debí preguntar algo más. Porque el médico me miró, pensativo, y meneó negativamente la cabeza, antes de que la mujer de las gafas de montura dorada se inclinase sobre mí para decir suave, dulcemente:

—No, señor DeForest, no tema nada. Saldrá de aquí como entró. No va a morir.

Supé que mentía piadosamente, Había algo en sus ojos, en su expresión, que me lo dieron a entender claramente. Estaban tratando de confortarme, eso era todo.

Momentos después, me dejaban allí, cubierto nuevamente con el plástico. Transcurrió algún tiempo, no sé cuánto. Había perdido la noción de muchas cosas, entre ellas del tiempo.

Finalmente, entró alguien. Lo vi avanzar hacia el lecho. La campana plástica sólo me permitía ver una silueta borrosa. No la reconocí bien, al menos al principio. También vestía de verde y llevaba mascarilla. Sin embargo, había algo familiar, algo entrañable en ella...

Cuando estuvo más cerca, cuando una mano enjovada, suave, de dedos largos, alzó la cortina traslúcida, mi corazón dio un vuelco que, sin duda, acusaría el cardiógrafo luminoso de aquella cámara de cuidados intensivos.

Era ella. Shirley. Mi esposa.

La contemplé. Rubia, hermosa, deseable, con aquellos grandes ojos suyos, color mar borrascoso, aquellas facciones regulares y suaves, aquella boca carnosa y plena de sensualidad, aquella piel tersa, sedosa, que yo tan bien conocía...

Me estaba mirando por encima de la mascarilla verde, obligatoria en las visitas que pasaban aquella puerta. No supe la razón, pero su mirada me pareció extraña, distante, casi helada. Debían de ser los efectos de la agonía sobre mi mente, pensé.

—Shirl... Shirley... —Logré balbucear, notando que mi corazón palpitaba en exceso, quizás para perjuicio de mi situación.

—Hola, querido —la oí responder. Y me sorprendió no notar emoción alguna en su voz.

—Shirley... Me... me muero... —gemí.

Ella asintió con la cabeza. Simplemente eso: ¡asintió! Como el que admite que está, resfriado o que ha perdido el autobús. Creí captar incluso un destello burlón en sus ojos. Pero todo eso era imposible. Shirley mi mujer, no podía reaccionar así ante mi presencia, en aquella cámara de donde no saldría con vida.

—Shirley... —Traté de hacerla comprender, mientras sentía mi cuerpo sacudido por violentas palpitaciones—. ¿Es que no...

comprendes? ¡Me voy a... morir!

—Ya lo sé, cariño —dijo fríamente. Y la oí reír tras la mascarilla verde—. Siempre fuiste un gran imbécil, esposo mío. Tuviste que ponerte ante esos terroristas, para morir estúpidamente, del mismo modo que has vivido. ¿Qué esperabas? ¿Que tu amante esposa te llorase desesperada tu muerte? No seas necio, Gene. No lloraré más que lo preciso para que la gente crea que sufro con tu muerte. Pero en el fondo me sentiré feliz, muy feliz... ¡Porque tendré tu dinero! Tu dinero, querido esposo. Millones de dólares, industrias, bienes...

¿Te das cuenta? Todo aquello por lo que tanto luchaste, todo aquello por lo que has olvidado incluso hacer feliz a tu esposa, será mío. ¡Mío, imbécil! Y, por supuesto, de Nick, mi abogado. Sí, querido. ¡Qué inmensa ironía! ¿No es cierto? Nick Parrish, tu mejor amigo y tú abogado... Él es mi amante. Hace tiempo de eso. Mi amante y mi futuro segundo esposo. Disfrutaremos juntos de tu cochino dinero, Gene. ¡Vete al infierno de una vez por todas! Ya sé que estás virtualmente muerto. El doctor Nichols me ha informado. Te quedan minutos de vida. Ni siquiera estás capacitado ya para cambiar tu testamento y dejarme sin un dólar, como sin duda harías ahora, si fueses capaz de ello, al saber lo que siento por ti en realidad. ¡Vas a morir maldiciéndome, pero lo cierto es que yo seré rica y tú te pudrirás en la tumba, mientras yo gozo con Nick y con quien quiera, convertida en la potentada viuda DeForest!

Rió de nuevo, despectiva, me contempló con ojos burlones y dejó caer lenta, muy lentamente, la cortina de plástico de la sala de cuidados intensivos. La vi alejarse, sin poder hacer nada por evitarlo, balbuceando palabras incoherentes entre mis labios crispados, sintiendo mi cuerpo sacudido por espasmos helados, precursores sin duda de la muerte...

Al poco de cerrarse la puerta y salir para siempre Shirley de mi vida, abrieron nuevamente. El doctor Nichols y las dos mujeres se precipitaron hacia mí. Me examinaron con premura, confrontaron los datos del electrógrafo y cambiaron entre sí comentarios apremiantes.

—Lo siento, señor DeForest —jadeó el médico, inclinándose hacia mí y tomándome el pulso, mientras ordenaba los tubos con cuidado—. Se ha excitado demasiado. Eso empeora su estado. Espero que lleguemos a tiempo de todo. Tuvimos que escuchar lo

que su esposa le dijo. Nosotros sabíamos ya eso. Mucha gente en esta ciudad lo sabe, aunque usted lo ignorase. Señor DeForest, no voy a engañarle. Ella tuvo razón. Usted va a morir ahora, en escasos minutos. La visita de ella ha empeorado más aún su gravísimo estado. Pero tenía que autorizarle la entrada para que usted supiera la verdad.

Me pregunté por qué al doctor Nichols podía importarle tanto que yo supiera la clase de hermosa víbora que había tenido a mi lado durante dos años de matrimonio, sintiendo amor y deseo por ella, mientras ella me engañaba con mi propio amigo y abogado, Nick Parrish.

Las dos mujeres se ocupaban de mí en esos momentos. Una me inyectó algo en la vena mientras la otra me estimulaba con algo que me hizo dar saltos del lecho. Posiblemente mi corazón había entrado en crisis y me estaban aplicando un tratamiento de *shock* para reactivarlo.

—Ahora ya sabe la verdad, señor DeForest. Cuando muera, una mujer indigna de usted gozará de su fortuna mientras da su amor a otro hombre. ¿Cree que eso es justo? —El doctor Nichols estaba inclinado muy cerca de mí, desgranando lentamente las palabras en mi oído, sin importarle, al parecer, que yo sufriera con cada una de ellas lo mismo que si nuevos proyectiles fuesen disparados despiadadamente contra mi pobre y agonizante cuerpo.

Asentí, con un sollozo, notando que eso me ahogaba a medias. Gemí:

—¿Qué puedo... yo... hacer? ¿Qué puede hacer... un hombre que va a morir?

El doctor Nichols me contempló fijamente. Luego empezó a pronunciar aquellas palabras asombrosas, increíbles, que yo apenas si comprendí en principio:

—Va usted a morir, es cierto. No puedo evitar que eso ocurra. Nadie puede evitarlo. Pero en los diez o doce minutos, quizás la media hora, que le resta por vivir, señor DeForest, puede ganarse la oportunidad para... UNA SEGUNDA VIDA.

Le miré sin entender. Aquel hombre quizás había encontrado otro modo distinto de dar esperanzas a los pacientes moribundos, pensé. Pero no iba a engañarme fácilmente. Yo sabía que eso era imposible, a menos que se refiriese al consuelo cristiano de la otra

vida, la eterna. Y con ésa ya empezaba yo a contar como la única posible para mí.

—Está loco... —gemí—. No hay esperanzas...

—Sí, señor DeForest. Hay algo más que esperanzas. Hay otra vida para gozarla. Yo puedo dársela.

—Sólo Dios... puede hacerlo —balbuceé, cerrando los ojos.

—Esto es diferente, señor DeForest —me siguió hablando el doctor Nichols, aun con mis ojos cerrados—. Yo no soy Dios. Pero la Ciencia ha encontrado un medio... Usted puede ser el primero en gozar de ese prodigio. Existe un alto porcentaje de posibilidades de devolverle la vida, una vez muerto. No es un cien por cien, naturalmente. Usted será... nuestro experimento, nuestro conejo de indias. Pero valdrá la pena. A cambio de esa segunda vida... usted nos daría... SU TESTAMENTO.

Abrí los ojos. Empecé a comprender. O creí que comprendía. Un fraude. Una estafa miserable e indigna, al filo mismo de la tumba. Aquella gente no tenía conciencia. Ni mi esposa, ni los médicos. Nadie. Sólo contaba el dinero. Los millones de Gene DeForest... —Cerdos...— gruñí—. Nunca...

El doctor Nichols pareció sonreír. Pero me miraba grave, seriamente. Le vi asentir con la cabeza.

—Sé lo que piensa de nosotros —admitió—. No cree una palabra. No, DeForest. Yo no soy su esposa, que trata de engañarle y de burlarle incluso más allá de su muerte. Le ofrezco algo posible. No seguro, pero factible. Tiene un cincuenta a un sesenta por ciento de posibilidades de volver a vivir, inténtelo. Sea valiente. Mi precio es el que hemos fijado previamente el Director de este Centro y yo mismo. Nuestras investigaciones son costosísimas. Necesitamos más fondos. Su fortuna puede resolver nuestro problema. Le quedará lo suficiente para usted, para disfrutar una segunda vida sin estrecheces. Pero la mayor parte de su dinero pasaría a la Fundación Ridgeway. Y a cambio de ello, usted vivirá de nuevo. Y su esposa quedaría burlada. Piénselo. Pero tiene poco tiempo para ello. Puedo concederle cinco minutos. Ni uno más. Todo tendría que estar preparado para cuando usted muera, y disponemos de poco tiempo. Una vida, una segunda vida, tiene un valor incalculable. ¿Prefiere morir definitivamente y que su esposa herede hasta el último dólar?

Sentí rabia de todo aquello. Mi repentino odio hacia Shirley, por ser víctima de sus engaños y de su desprecio, no podía ocultarme que aquel médico estaba proponiéndome un imposible, a cambio de mi dinero. Era la estafa más clara del mundo.

—¿Y si nunca resucito? —pregunté roncamente.

El doctor Nichols se encogió de hombros. Me miró con seriedad. Y su sincera confesión de ese momento fue lo que más me impresionó. Lo único que me hizo creer en él, por primera vez:

—Lo siento. No hay garantías. Si todo falla, usted habrá muerto. Y el dinero será de la Fundación. Es el riesgo a correr.

Se puso en pie, apartándose de mí. Oí murmurar a la mujer de las gafas doradas:

—Está peor, doctor Nichols. El corazón sufre constantes alteraciones y está mucho más débil...

—Lo sé —afirmó el médico gravemente—. Le quedan quince minutos de vida, como máximo. Esto era de temer, doctora Olsen.

—¿No acepta? —musitó ella.

—No, de momento. Quizás lo esté pensando. Es lógico su recelo. Yo pensaría como él en su caso. Vamos. Volveremos dentro de cinco minutos, si no hay una crisis antes.

—¿Y si la hay, doctor? —indagó la otra joven, que no lucía gafas sobre sus ojos color café.

—En ese caso... —Se encogió de hombros, mirando hacia mi cuerpo tendido bajo la campana de plástico—. Sería demasiado tarde. Ustedes saben que es preciso inyectarle esa droga antes del fallecimiento, para evitar la necrosis cerebral, que se presenta con tanta rapidez...

Salieron de la estancia. No sin antes advertirme el doctor Nichols, ya en la puerta:

—Recuérdelo, DeForest. Volveré en cinco minutos. Si aún vive entonces, tome su decisión, la que sea. Si no... Dios se apiade de su alma. Hemos hecho cuanto fue posible por salvar su vida. Pero nos llegó aquí con siete proyectiles en el cuerpo, una gran pérdida de sangre y destrozos profundos en sus tejidos.

Salieron de allí. Me quedé solo, rodeado de aparatos, con una enfermera vigilando constantemente desde detrás de una vidriera aséptica. A la menor señal de alarma, vendrían a atenderme. Pero no conseguirían gran cosa. Aquello se acababa por momentos.

Mi mente estaba débil y confusa. Pero aún así, pensé sobre la fantástica oferta del doctor Nichols.

Disfrutar de una segunda vida...

No tenía sentido. Había muchas lagunas oscuras en aquellas palabras, pero era lógico imaginar que no disponía de tiempo para meditarlas y analizarlas. Tampoco mi cerebro, debilitado casi tanto como mi acribillado cuerpo, se encontraba en situación adecuada para esforzarse en ello.

Una segunda vida...

Era absurdo. Fantástico. Totalmente increíble. Tener que esperar a que un hombre muriese para dotarle de nueva vida, no tenía la más mínima apariencia de ser factible.

Y sin embargo...

Sin embargo, confusamente, en ese momento crucial de mi existencia, sintiéndome al borde mismo de la fría oscuridad eterna de la muerte, recordé a un quiromante zíngaro en la feria de Coney Island, mirando las rayas de mi mano y sentenciando, entre las risas de mis amigos:

—Usted morirá dos veces...

¿Podía ser cierto todo esto? ¿Existía una posibilidad, una sola y remota posibilidad de que mi vida se repitiera, de que el quiromante ferial tuviese razón en aquella asombrosa profecía suya?

Recordé a Shirley. Y su feroz, sangrienta crueldad al insultarme y reírse de mí cuando sabía que iba a morir. Ni siquiera tuvo la suficiente humanidad para tratar de fingir un poco más de tiempo, para confortarme en mis momentos finales con unas pocas palabras de alivio, de falsa ternura, de fingido amor...

Había sido cínicamente cruel, como ensañándose en su víctima antes de disfrutar del valioso botín que yo le dejaba en la vida. Tras de mi muerte, ella y Nick Parrish serían felices, como amantes o como esposos, disfrutando de mi dinero, mientras yo...

Una fría ira se apoderó de mí. Tenía en mis manos la venganza. Mi última forma de revancha. Mi burla más allá de la tumba, aun en el supuesto, hartó probable, de que las promesas del doctor Nichols fuesen simple palabrería.

Morir yo... y mi dinero destinado a una Fundación, Qué grande, qué magnífica broma para Shirley, la desconsolada viuda a la

espera de su fortuna.

Y tomé en ese momento la decisión. Alargué un brazo con esfuerzo, sintiendo palpar mi corazón con fuerza, y a costa de intensos dolores en todo el cuerpo, que partieron con agujones helados hacia mi cerebro.

Pulsé el botón de llamada en la cabecera de mi lecho. Acudieron precipitadamente todos, temiendo lo peor. Me contemplaron, angustiados.

—Está mal —dijo la llamada doctora Olsen, escudriñándome a través de sus gafas—. Pero no agoniza aún. ¿Por qué ha llamado?

—Por favor, doctora... —susurré—. Avise al doctor Nichols. Acepto... acepto su ofrecimiento. Y que Dios nos ayude a todos...

Ella pestañeó. Asintió con rapidez y salió precipitadamente de la unidad de cuidados intensivos.

CAPÍTULO II

Firmé.

Hubiera firmado cualquier cosa, incluso un pacto con el diablo. Tal vez aquél lo era, no podía saberlo. Pero firmé.

El doctor Nichols contempló mi rúbrica al pie del documento. Lo tendió a la doctora Olsen, que firmó. También lo hicieron otros testigos, médicos y enfermeras de la Fundación. El mismo añadió su firma al pie. Después de todo, no era mi nuevo heredero él en persona, sino la propia Fundación, como allí constaba. Ahora, al morir yo, toda la fortuna de Gene DeForest sería para ellos. Hasta el último dólar, salvo un legado de doscientos cincuenta mil dólares, depositados en una cuenta bancaria a nombre de un misterioso caballero llamado Frank Rodney.

El doctor Nichols, con una sonrisa, me aclaró ese punto:

—Frank Rodney será usted, señor DeForest, cuando vuelva a la vida. Esa cuenta bancaria será su único dinero en el mundo. No es una fortuna, pero tampoco podrá considerarse pobre. Firme aquí, por favor. Es un reconocimiento de firma a nombre de Frank Rodney, para la entidad bancaria donde tendrá depositado el dinero. Eso le permitirá sacar cualquier suma o efectuar cualquier operación, puesto que tendrá ya registrada su firma en la entidad.

Tracé otra firma, con el nombre de Frank Rodney y mi propia letra, que él dejó a un lado. Observé que el impreso utilizado para ello era de la entidad bancaria donde se dejaba el depósito. Todo parecía en regla, como si realmente creyeran ellos en la posibilidad de esa hipotética segunda vida mía. Pero yo, el sujeto del experimento, era el único que no tenía fe en tal futuro. Manifesté, cansadamente, dejándome caer en la cama, tras firmar los documentos:

—¿Y si muero y no... no resucito, doctor? ¿Qué será de ese dinero?

—Nadie salvo Frank Rodney podrá sacarlo del Banco —sonrió el doctor Nichols—. Por tanto, allí quedará para siempre. Es otro de los riesgos a correr.

—Y si muero, mi fortuna será suya —suspiré.

—Muera o no muera, será nuestra, señor DeForest —suspiró el médico—. Cuando usted tenga otra vida, si logramos proporcionársela, ya no será Gene DeForest, sino Frank Rodney. Oficialmente. Gene DeForest estará muerto a todos los efectos. Ni siquiera usted mismo podrá reclamarnos su dinero.

—Pero la gente puede reconocermé, yo podría hacerme identificar fácilmente, revelar lo sucedido a los demás...

—No le serviría de nada —rió el médico—. Nadie iba a creerle, por una razón muy sencilla.

—¿Cuál?

—Lo sabrá cuando vuelva a vivir... si vuelve —dijo el médico, poniéndose en pie y apartándose de mi lecho en la UCI—. Suerte, señor DeForest. Que tenga una muerte dulce. Y ojalá que exista un despertar y una nueva vida. Tenga fe en nosotros. Creo que todo saldrá bien.

Me dejaron sólo nuevamente. Sólo con mis dudas, mis temores, mis celos. Sólo con un vago remordimiento por haberle hecho semejante jugada sucia a Shirley. Ella no merecía otra cosa, pero... Lo cierto es que había desheredado en mi lecho de muerte, ante numerosos testigos, a mi propia esposa, a la que sería mi viuda, para entregarle la totalidad de mi fortuna a unos desconocidos, a una anónima entidad llamada Fundación Ridgeway, que mantenía en Los Angeles un importante Centro Médico. Eso era todo.

Quizás era víctima de la más burda estafa imaginable. Pero tras haber firmado los documentos que dejaban en sus manos mis millones, lo cierto es que el doctor Nichols parecía seguir siendo sincero cuando prometía hacer algo que quizás me proporcionase una segunda vida después de morir.

No aseguraba nada. No hacía falsas promesas. Sólo me ofrecía una posibilidad.

¿Y si era cierto? ¿Y sí en aquella Fundación habían dado con el medio de proporcionar al ser humano una segunda vida? ¿Podía un

médico llegar a ser Dios?

Eran muchas dudas para mi pobre cerebro debilitado, para mi cuerpo agonizante. Decidí no pensar y tener fe. Fe en un milagro.

Cuando vi entrar en la cámara a un hombre vestido de *cleryman*, con los Evangelios en sus manos, respiré hondo. Ellos habían comprobado por mis datos personales que era un fiel creyente. Y me enviaban el consuelo espiritual preciso para iniciar el gran viaje.

Era significativo. Eso, mi creciente debilidad y agotamiento, el lento apagarse de los latidos de mi corazón y de las pulsaciones de sangre en mis venas, denotaban algo. Algo que iba confirmándose con una pérdida gradual de la visión que convertía todo en borroso y oscuro en torno mío.

Aquello era la muerte.

La muerte...

Mi muerte.

Era doloroso saberlo. Pero no tenía remedio. Unas balas asesinas, disparadas por unos terroristas, habían tenido la culpa.

Cerré los ojos. Todo se oscureció para mí.

Y dejé de existir.

* * *

¿Esto era la resurrección?

Pensé en muchas cosas. Pero ninguna concreta. Sólo sabía que volvía de un vacío. Un gran vacío. Una terrible e infinita oscuridad.

Volvía de la Muerte.

Como Lázaro, miré de nuevo la luz y la vida. Quizás como él mismo en tiempos de Cristo, me pregunté por qué... y para qué.

Hay muchas preguntas. Muchas, cuando se vuelve de *allí*. También supongo que muchos querrían hacerme preguntas. Lo intuí en las miradas fijas en mí cuando, bajo los potentes focos de un quirófano, desperté de nuevo a la vida.

Eran rostros trémulos, demudados. Rostros que parecían mirar hacia un Más Allá del que yo poco podía decir, porque se había reducido para mí a una oscuridad absoluta, definitiva. Si había allí algo más... nunca llegué a verlo. Cierto que intuía algo. Estaba seguro de que alguna cosa hubo más que oscuridad en mi muerte.

Pero ¿qué fue ello? Comprendí que me era imposible recordarlo.

Y me pregunté qué o quién me impedía pensar, evocar, *saber* la gran verdad, la terrible incógnita que todos esperaban resolver.

—Dios mío —dijo alguien cerca— de mí. —Lo hemos logrado, señor Director. Está... *está vivo*. Ha resucitado.

—Sí —dijo una voz grave, profunda, fría—. Ha resucitado.

—Tal vez él... tenga la respuesta, señor Director —comentó otra voz—. La gran respuesta...

—Lo dudo —sonó la voz del llamado Director—. Lo dudo mucho, amigos míos. Si ha vuelto de la Muerte, como parece... dudo que nos diga qué hay más allá de la vida.

—¿Por qué, señor Director? Él ha tenido que verlo, que conocerlo... No estaba inconsciente ni en coma. Estaba MUERTO. Clínicamente muerto, señor...

—Lo sé muy bien. Hace unos momentos, ahí teníamos un cadáver. Ahora, tenemos un hombre. Ha vuelto, sí. Es un prodigio. Algo increíble. Regresa de entre los muertos. Pero si, como imaginamos todos, existe algo más que esta vida nuestra, ¿por qué tendría que traernos él la respuesta? ¿Acaso la dio Lázaro en su momento?

—¿Usted cree, señor...?

—Yo no creo nada —cortó la voz del Director secamente—. Atiendan al señor Rodney. Es él quien necesita sus atenciones. Su cuerpo. Su persona. No lo que quedó atrás cuando... cuando *regresó*. De eso, en realidad, prefiero no saber nada, señores.

Las luces iban perfilando rostros, expresiones, miradas. Eran varios médicos y enfermeras quienes rodeaban la mesa operatoria. La luz de las lámparas verticales, con sus metálicos espejos, me deslumbraban. Una claridad cegadora me envolvía. Respiré hondo. Me pregunté si me gustaba este regreso. Sentí una cierta decepción. Casi disgusto.

Se estaba tan bien, tan dulcemente bien, tan en reposo momentos antes...

—Bienvenido de nuevo a la vida, señor Rodney —reconocí la voz triunfante del doctor Nichols, y vi su rostro inclinado sobre mí, medio enmascarado por la tela verde que cubría su boca y nariz. Pero estuve seguro de que sonreía—. Lo logramos. Ha vuelto usted con nosotros. Le felicito... y me felicito a mí mismo por haberlo conseguido. Hemos vencido a la Muerte, por vez primera...

Le miré sin responder. Lo intenté, pero no salió sonido alguno de mis labios. Tal vez aún no era una vida absoluta. Los músculos faciales no respondían del todo. Tampoco las cuerdas vocales. Era un regreso lento. Y difícil.

Pensé. Eso sí podía hacerlo. Pensar, hacerme preguntas... Muchas de las respuestas no me gustaban. Otras me dejaban perplejo. Había sabido lo que era morir. Y vivir de nuevo. Ya conocía el reino de las tinieblas. El mundo de los muertos.

Pero algo en mi mente se negaba al recuerdo. Quizás en el subconsciente se iban a almacenar ahora esas evocaciones definitivas, ese secreto trascendental que el hombre ha buscado desde que nació por vez primera en el mundo. ¿Qué es la muerte, qué hay más allá de esta vida?

Yo... yo lo sabía.

Y, sin embargo... ni siquiera podía recordarlo. Respiré hondo. Tal vez era mejor así. Mucho mejor. Tener la respuesta hubiera podido ser demasiado terrible para mí. Me bastaba con saber que volvía de lo eterno. De donde nadie vuelve.

—Ningún indicio de necrosis parcial —habló uno de los médicos, tras consultar en unos complicados aparatos electrónicos conectados a mi cuerpo—. El paciente está en perfectas condiciones, doctor Nichols. ¿Lo trasladamos a la cámara especial?

—Sí, por favor —asintió el médico—. Háganlo. Necesita pasar el período mínimo de readaptación. Quizás con quince días sea suficiente, aún no sé. Luego queda el resto por hacer. Ustedes saben lo que nos espera ahora. Meses de trabajo, de espera...

Meses. Casi me asustó la idea. Meses, ¿para qué? Se estaba tan bien allá, en la oscura calma, en la paz eterna...

Pero no podía resistirme a nada. Ni sabía, ni me era posible. Estaba ya en sus manos. Totalmente en su poder. Oficialmente era un cadáver. Gene DeForest, el millonario, había muerto. Para ellos, para todos, era otro hombre: Frank Rodney. Me habían llamado así al despertar. DeForest no existía. Si ellos eran un moderno Frankenstein, yo era su monstruo.

Me pusieron algo sobre el rostro. Una mascarilla o algo así. Me dormí. Y dejé de pensar, de hacerme preguntas, de tener miedo de todo, incluso de la vida que acababa de estrenar y que me asustaba más que la propia muerte.

Cuando volví a despertarme, habían transcurrido meses. Pero yo no lo sabía al abrir los ojos...

* * *

—¿Se encuentra bien, señor Rodney?

La miré. Y ella a mí. Los ojos color café me dieron su identidad. Era la muchacha de uniforme y mascarilla verde de la UCI. Sin mascarilla ni gorro, parecía mucho más joven. Y más atractiva. Labios carnosos, naricilla breve, cabellos rojizos, pómulos acentuados, expresión risueña y dulce, algo maliciosa a veces. Una bella criatura. Seguía luciendo uniforme médico, ahora de color azul suave.

—Supongo que no estoy mal del todo —confesé. Y me asombré de mi propia voz, firme y segura, de mi rápida evolución favorable.

Ella rió suavemente y se acercó a mí con un vaso de zumo de frutas en su mano.

—Beba —rogó—. Es la hora de su alimento. Y por primera vez lo tomará directamente, sin necesidad de tubos ni de sondas. Pero aun así, tenga cuidado.

Comprendí su advertencia al tomar el vaso y darme ella una delgada caña de materia plástica para introducirla en mi boca. Me toqué el rostro, la cabeza. Tenía totalmente envuelto todo ello en vendajes. Sólo mis ojos, boca y fosas nasales asomaban de aquella envoltura molesta.

—Y ahora ¿qué pasa? —quise saber, irritado.

—No se alarme. Sigue en la Fundación. Sólo que aquí tenemos prohibido usar batas blancas. No es un hospital como cualquier otro. Es la Fundación Ridgeway, con sus propias normas y reglamentos, señor Rodney.

—¡Yo no me llamo Rodney! —rugí—. ¡Soy Gene DeForest!

—Por favor, señor Rodney, no repita eso a nadie —sonrió la joven—, le tomarían por loco. Gene DeForest fue enterrado hace tres meses en el panteón familiar del cementerio de Pasadena. ¿Quiere comprobarlo?

Se inclinó para hurgar entre un montón de publicaciones y diarios apilados en una mesita. Luego me tendió un determinado diario local. Miré la primera página, con las fotografías de un

funeral y una inhumación. Reconocí el panteón familiar, la presencia de Shirley, totalmente de luto, con Nick Parrish y con Neil, su hermano, a su lado. Parecía realmente acongojada, dolorida, por el trance que estaba viviendo. También estaba a su lado mi amigo Gavin Maynard, agente del FBI. Los titulares parecieron saltar desde el papel, como algo vivo, ante mis ojos asombrados:

GENE DEFOREST, EL MILLONARIO ASESINADO POR LOS
TERRORISTAS EN EL SALVAJE ATENTADO DEL AEROPUERTO
INTERNACIONAL DE LOS ANGELES, RECIBIO CRISTIANA
SEPULTURA AYER.

Miré la fecha. Era posterior a mi llegada a Los Angeles, naturalmente. Sólo tres días más tarde. Pregunté roncamente, bajo los vendajes:

—¿A qué día estamos, señorita?

Ella suspiró señalando mi muñeca.

—Mire su propio reloj. No es el de Gene DeForest, naturalmente. Ese reloj de oro macizo está ahora en poder de su viuda. Ése es el reloj que le ha obsequiado la Fundación, señor Rodney. Funciona perfectamente.

Miré aquel reloj digital que había en mi muñeca. Pulsé uno de sus resortes. Me sentí perplejo. Hacía casi tres meses de todo aquello. Tres largos meses de *mi* muerte e inhumación.

—Es mucho tiempo... —jadeé.

—El tratamiento era largo —me explicó ella—. Y también la cirugía plástica, las nuevas huellas dactilares injertadas en sus dedos...

Me miré las manos, asombrado. Por vez primera, descubrí las cicatrices en torno a las yemas de mis dedos. Sacudí la cabeza, estupefacto.

—De modo que hasta pensaron en eso... —musité—. Soy otro hombre...

—Es usted Frank Rodney, sencillamente —sonrió la joven.

—Ya —incliné mi cabeza envuelta en vendajes—. Y usted es...

—Enfermera Jayne Lang, de la Fundación Ridgeway, pabellón

de Alta Cirugía Experimental.

—Experimental... —repetí sordamente—. Eso es todo esto: puro experimento...

—El mayor de toda la historia de la Humanidad —asintió ella, sonriente—. Devolver la vida a un cadáver. Usted murió, señor Rodney. Murió... y volvió a vivir. ¿No es maravilloso?

—No... no lo sé —confesé con toda sinceridad—. Me pregunto si esto es justo, si alguien tiene derecho a imitar a Dios y dar la vida o quitarla...

—Quitarla ha sido tarea de los hombres que han llevado a cabo con suma perfección durante siglos, sin pretender ser dioses —rió suavemente la enfermera Lang, mirándome dulcemente—. ¿Por qué no tratar, entonces, de hacer algo mejor, como es devolver la vida a quien la ha perdido?

—La Fundación cumplió, entonces, su palabra —asentí pensativo—. A cambio de mis millones, soy otro hombre, tengo otra vida ante mí...

—A cambio de sus millones... y de algo más, señor Rodney.

Giré la cabeza hacia la puerta de la habitación soleada y confortable donde había recuperado la noción de mí mismo, sentado en aquel lecho. Vi entrar al doctor Nichols, seguido por un hombre alto, canoso, grave, de ropas oscuras y perfectamente cortadas, rostro enjuto y bronceado y ojos grises e inteligentes. Un perfecto maniquí, elegante y frío como si estuviera modelado en plástico.

—¿Qué quiere decir con esto? —pregunté hoscamente—. ¿Es que no le basta con mi dinero para devolverme la vida, doctor?

—No hablo por mí mismo, señor Rodney —dijo risueñamente el médico, parándose ante mí—. Estoy ahora exponiendo una cuestión en nombre de nuestra querida Fundación, compréndalo. Este caballero que me acompaña, es la persona a quien debe usted su milagroso regreso a la vida. Señor Rodney, le presento a nuestro Director, el doctor Malcom Ingram.

—Es un placer conocerle, señor Rodney —suspiró el aludido, inclinándose ceremoniosamente ante mí. Ahora le ruego lea cierta cláusula de otro documento que usted firmó, junto con su testamento, poco antes de morir. La letra pequeña, por favor. Ya sabe: ésa suele ser la trampa saducea de todos los documentos

legales, amigo mío...

Sentí una rara aprensión. Tomé el documento que me tendían. Reconocí mi firma al pie. Y leí las líneas que me señalaba el Director de la Fundación, doctor Ingram.

Entonces supe que tenía que pagar algo más que unos cincuenta o sesenta millones de dólares por mi nueva vida.

Supe que tenía que pagar aquel milagro con otro servicio más a mis misteriosos benefactores y herederos.

Este servicio que estaba obligado a cumplir bajo contrato era... *asesinar a alguien.*

CAPÍTULO III

—¡Asesinar a alguien! ¡Yo!

—Sí, señor Rodney. Usted tiene que matar a alguien. Ha firmado esa cláusula en el contrato que le proporciona su segunda vida, acaba de verlo.

—He firmado como Gene DeForest —protesté astutamente—. Y DeForest está muerto... ¿Puede un cadáver cumplir contrato alguno, señor Director?

—No, ciertamente —negó con lentitud el doctor Malcom Ingram con una helada sonrisa en sus labios delgados y duros—. Por tanto, si se niega a cumplir la cláusula, tendremos que convertir realmente al señor DeForest en un cadáver.

La peculiar entonación dada a sus palabras me hizo pensar en algo siniestro. Miré con aire de temor al doctor Nichols y al Director. Sugerí con voz insegura:

—¿Significa eso que... que *me asesinarían ustedes a mí*, si yo no asesino a esa persona que me piden?

Nos habíamos quedado solos, La enfermera Lang no estaba con nosotros en ese momento. Quizás por ello, el doctor Ingram fue terriblemente sincero en su respuesta:

—Me temo que sí, señor Rodney.

—Es... ¡es abominable! —gemí—. ¡Yo les entregué toda mi fortuna!

—Y nadie le engañó en eso. Usted lo hizo a cambio de una nueva vida. Se la hemos proporcionado. Pacto cumplido. No hay el menor fraude en el acuerdo.

—Pero nadie me dijo que debía matar a un ser humano...

—Usted firmó el contrato, junto con los duplicados del testamento, lamentablemente para usted, sin saber lo que firmaba

—sonrió el Director—. Eso ya no es mi culpa, sino la suya. Nunca se debe firmar nada sin leerlo minuciosamente.

—¿Espera que un moribundo lea lo que firma, cuando su vida está en la balanza?

—Por eso dije que era culpa suya. Se comprometió a algo. Debe cumplirlo.

—Supongamos que acepto esa horrible condición. Y una vez en la calle, me niego a llevar a cabo ese crimen.

—Es igual, señor Rodney —sonrió glacialmente el doctor Ingram—. Será usted vigilado día y noche cuando salga de aquí. Le matarán, de todos modos, aunque se crea en libertad. No podrá pedir ayuda a nadie. Por la sencilla razón de que su historia sería tan absurda que no hay persona en el mundo capaz de creer una sola palabra de ella. Recuerde: cuando salga de la Fundación, ni siquiera sus huellas dactilares serán las del difunto DeForest. ¿Qué me dice a eso?

—Son ustedes monstruosos —gemí—. Debí haber imaginado que en todo esto se ocultaba algo siniestro, algo ilícito. Nunca debí firmar ese testamento.

—Si quería morir, aún está a tiempo. Niéguese a cumplir el contrato y le eliminaremos fríamente aquí mismo. Nadie investigará demasiado la muerte en un hospital de un tal Frank Rodney, sin familia conocida.

—No, espere —rogué angustiadamente—. Debo reflexionar sobre todo eso...

—No tiene demasiado tiempo —suspiró el Director, iniciando la marcha hacia la salida—. Dentro de tres días le levantaremos los apósitos de su rostro para ver el resultado definitivo de la cirugía plástica. Antes de ese momento, tendrá que haberse decidido a matar al hombre que nosotros le señalemos. Después, el contrato se romperá ante sus propios ojos y será dueño absoluto de su propia existencia. Decida, señor Rodney. Y decida bien. De la Fundación no se sale, si no es para cumplir un compromiso... o para morir oscuramente en cualquier calle de la ciudad. Buenos días. Le deseo todo lo mejor. Sinceramente, señor Rodney. No tengo nada contra usted. Antes al contrario, mi deseo más sincero es que no haya problemas y pueda disfrutar de esa nueva existencia que mi equipo de genios de la Medicina, la cirugía y las investigaciones sobre

regeneración de tejidos, rehabilitación de necrosis y otras técnicas de freno a la muerte orgánica, le han facilitado a usted de forma excepcional, como inicio de la que nosotros llamamos «Operación Lázaro» o bien «Operación Resurrección», y que alguien intenta convertir en simple «Negocio de la Muerte».

—¿Quién lo pretende, exactamente? —quise saber.

El Director sonrió con aire vago y afable.

—Entre otros, la persona a quien usted debe matar —dijo con frialdad.

Apreté los labios entre los vendajes que oprimían mi rostro. Pregunté con voz sorda:

—¿Quién es esa persona?

El doctor Ingram se detuvo en la puerta. Cambió una mirada con el doctor Nichols, su leal colaborador. Luego, me miró irónico y manifestó con frialdad:

—Se trata de un buen amigo suyo, señor Rodney.

Alguien a quien usted conoce bien; Gavin Maynard, agente de la Oficina Federal en Los Angeles...

* * *

Miré atrás.

La Fundación Ridgeway era realmente un soberbio edificio con más de veinte plantas, quizás treinta. Nunca había parado demasiada atención en él, pese a estar en una zona céntrica de Belvedere, junto a Monterrey Park, rodeado de jardines y amplias extensiones de césped bien cuidado, con riego automático por aspersión.

Centro hospitalario de amplias proporciones, con pabellones destinados a las más diversas especialidades, desde las urgencias donde yo ingresara, hasta la cirugía plástica y la recuperación, donde yo había permanecido últimamente, pasando por neurocirugía, trasplantes y toda clase de modernos métodos científicos de devolver la salud al ser humano.

Me preguntaba, sin embargo, si todo aquello no ocultaba algo más, algo infinitamente menos claro y mucho más siniestro, como la mención que hiciera el Director al criterio de un federal: «Negocio de la Muerte».

¿Lo era, en realidad? En mi caso, podía afirmar que sí. Devolverme la vida, había significado la friolera de un montón de millones limpiamente depositados en sus manos. Ahora, yo era un hombre que pisaba la calle, con un rostro absolutamente distinto al que tuviera antes, huellas dactilares diferentes y hasta con supresiones como la de mi abdomen, algo abultado a causa de la cerveza que tanto me gustaba consumir, y unas varices en mis piernas, fruto de mis ocupaciones sedentarias al frente de mis negocios. Todo ello, según el doctor Nichols, ya nunca reaparecería en mi cuerpo que ahora, tras el período de recuperación, ejercicios gimnásticos perfectamente planificados y una alimentación sana y bien programada, parecía otro, y lo era realmente.

No sentía ni un átomo de grasa en mi cuerpo. Todo era músculo, fibra. Músculos que ellos se habían encargado de desarrollar y dar elasticidad en prácticas deportivas, en lecciones de judo y de karate y en otras especialidades con las que pretendían convertirme en un hombre capaz de medirse a otro y matarle.

Me detuve en la acera, contemplando el sol, los vehículos, la gente toda a mi alrededor. Tras casi cuatro meses de encierro entre los muros de la Fundación, volver a la calle, a la vida, resultaba casi prodigioso. Pero inquietante a la vez.

Yo tenía que matar a un hombre. Lo había prometido. Estaba firmado en un contrato que sibilinamente pusieron a mi firma antes de morir yo, como el millonario Gene DeForest. Era un contrato obligatorio. Por eso había tenido que dar mi promesa de matar a mi mejor amigo. A Gavin Maynard, del FBI.

Matar a un federal, aun siendo amigo suyo, no es tarea fácil. Tal vez por eso me habían convertido en un atleta ágil, esbelto y vigoroso, capaz de luchar mediante técnicas orientales, disparar un arma de fuego con acierto o manejar un arma blanca con rapidez y habilidad.

Estaba en la calle, libre, con vida. Pero el precio de ello era muy alto: primero, mi fortuna. Después, convertirme en un asesino.

Aunque, naturalmente, no pensaba matar a nadie.

Iba a intentar burlarles. Sabía que sería difícil. Sería una batalla desesperada. Pero lo intentaría a cualquier precio. Tal vez ellos no fuesen tan omnipotentes como se creían. Y si lo eran, moriría realmente a sus manos. Por segunda vez. Pero no me convertiría en

un asesino.

Pronto supe que me vigilaban.

Tomé un taxi en Atlantic Boulevard, en dirección a Hollywood. El vehículo de alquiler tomó posteriormente por Olympic y la Brea Avenue, aproximándose a las señas de Santa Mónica Boulevard que yo le diera. Miré a mis espaldas, por la ventanilla trasera.

El coche que me seguía iba conducido por el mismo hombre que yo había visto ya en el vestíbulo de la Fundación primero, y en los alrededores de ésta después. Era un individuo inconfundible. Alto, delgado, de nariz ganchuda, ojos claros y fríos, pelo muy planchado y un traje a rayas, gris, con corbata de lazo moteada. Pensé que podían haber elegido a otro menos fácil de descubrir, si lo que pretendían era no perderme de vista.

El taxi me dejó en el restaurante donde yo había almorzado muchas veces, durante mis actividades comerciales, dispuesto a pasar la primera prueba. Allí Gene DeForest era muy conocido, en especial por la camarera rubia de grandes senos que servía en mi mesa favorita, junto al ventanal del bulevar.

Avancé tranquilamente hasta esa mesa y me senté en ella, puesto que estaba libre en ese momento. La rubia de uniforme naranja vino hacia mí, lápiz y bloc en ristre para tomar el pedido, bamboleándose sus pechos agresivamente al taconear. Sonreí, dirigiendo una ojeada rápida al menú. Me conocía demasiado bien las especialidades de la casa.

—Hola, preciosa —dije con la voz que ellos me habían habituado a utilizar, más grave y pausada que la mía habitual. De todos modos, aunque hubiese querido hablar de otra forma, me hubiera resultado imposible. Algo habían hecho aquellos malditos cirujanos de ciencia-ficción en mis cuerdas vocales para alterar el sonido de mi voz.

—Buenos días, señor —se limitó a saludar con cierta sequedad que jamás utilizó conmigo—. ¿Qué va a tomar?

—Consumé del día, huevos revueltos y café —dije con firmeza, mirándola fijamente.

Ella anotó el pedido sin inmutarse. Miré por encima de su hombro. El tipo flaco, de la corbata de lazo a topos había entrado en el restaurante. Tomaba asiento en una mesa, no muy lejos de la mía, tomando con displicencia la carta. Me miró por encima de

ésta, fría y burlonamente.

—Ya está —dijo ella—. ¿Nada más, señor?

—Quizás luego un poco de tarta de manzana —asentí—. Ya veremos. No tengo mucho apetito. Debería tomar una cerveza también, ¿no le parece?

—No sé, señor. Eso es asunto suyo —se encogió de hombros la camarera.

Entonces jugué fuerte, tratando de ver hasta dónde llegaba mi nueva identidad y mi posible parecido conmigo mismo... en la *otra* vida.

—¿No hay ningún cliente suyo que tome habitualmente ese menú y ocupe esta mesa, Janis?

Ella pestañeó, como si la sorprendiera todo eso. Su nombre no podía extrañarla, porque llevaba una pequeña placa de plástico sobre uno de sus monumentales pechos, con la marca de la casa y el nombre de «Janis» impreso en ella. Pero lo demás la desconcertó por un momento.

—No entiendo —manifestó—. ¿A qué se refiere, señor?

—Bueno, me refiero a alguien que es cliente habitual de la casa y de su turno. Ya sabe: consumé, huevos revueltos, café, tarta de manzana, cerveza abundante...

Entendió. La vi persignarse con rapidez.

—Dios mío —murmuró—. El pobre señor DeForest...

—¿Ya no viene por aquí? —pregunté ingenuamente.

—¿Venir? ¿El señor DeForest? —Me miró como si yo hubiese acabado de llegar del planeta Marte—. ¿Es que no lo sabe?

—¿Saber qué? —Me hice el ingenuo—. Acabo de llegar de una larga ausencia, Janis.

—Murió. Hace ya mucho tiempo que murió. Más de tres meses. Un atentado político en el aeropuerto, del que sin duda habrá oído hablar,... Los terroristas le alcanzaron en el tiroteo por error. Murió en el hospital. Pobre señor DeForest, siempre tan amable, tan correcto... ¿Le conoció usted?

Me miraba fijamente. Y yo a ella. Era una prueba. Parecía decisiva. Aquella chica no me reconocía, a pesar de llevar más de dos años viéndome allí cosa de siete y ocho veces al mes. Sentí un escalofrío. No sé por qué, me sentí solo, perdido en la jungla del mundo y de la vida misma.

—Sí, sí —asentí vagamente, con un movimiento de cabeza—. Tuve negocios con él en varias ocasiones. Por eso pedí el mismo menú, Janis. Él me recomendó este lugar... No sabía...

—Fue algo horrible —suspiró la rubia. Su pecho se alzó y descendió como dos globos poderosamente inflados—. Pensar que yo estaba loca por él... Pero claro, era un imposible. Un hombre rico, poderoso, casado... Era muy guapo y atractivo, señor. Esos malditos terroristas deberían ser exterminados todos. Son como una lacra que todo lo destruye...

Se alejó hacia el mostrador. Solamente la rotundidad de sus nalgas, marcadas por el uniforme anaranjado, podían competir con sus espléndidos senos, pensé. Y aquella muchacha había sentido amor por mí. Jamás me enteré de ello, aunque la hubiera llevado gustosamente a cualquier sitio. Ahora con más motivo. Llevaba cuatro meses de completa inactividad sexual, y casi lo había olvidado.

Desde su mesa, el tipo flaco me sonrió, mostrando su amarillenta dentadura. Tenía un diente de oro en la parte superior. Algo que no sabía que existiese aún en la moderna odontología, la verdad. Tal vez lo tuviera desde su infancia.

Su sonrisa fue burlona. No pronunció palabra. Pero era como si me dijese con la mirada y la mueca de su boca desagradable: «¿Te das cuenta, idiota? Nadie te puede reconocer ahora. Gene DeForest está muerto. Muerto para siempre. Tú eres Frank Rodney, simplemente».

Quise saber si eso, al menos, era cierto. Después de almorzar, fui al Banco y saqué dinero de mi cuenta. Sólo cien dólares, para probar. El doctor Nichols y el Director me habían facilitado ya, «como un obsequio personal», según sus irónicas palabras, la suma de quinientos dólares en efectivo al abandonar la Fundación.

No hubo problemas. Firmé mi talón y me pagaron sin más trámites. Contemplé mis tarjetas de crédito, a nombre de Frank Rodney también. Las utilicé para adquirir un coche usado en buenas condiciones en un negocio de compra venta donde también Gene DeForest era conocido... y nadie me relacionó conmigo mismo. Adquirí algunas chucherías más para probar las restantes tarjetas de crédito, con igual resultado positivo. No había duda: yo era Frank Rodney, y nada más.

Entonces se me ocurrió la idea de burlar al maldito tipo del diente de oro y la corbata de lunares. Ahora tenía un coche. Y había sido siempre un buen conductor. Iba a sudar para seguirme. Si es que podía hacerlo.

Me lancé por las calles de Los Angeles como un bólido, aunque respetando los límites de velocidad. Circulé por bulevares, autopistas, avenidas y calles trazando mil rodeos, doblando esquinas con brusquedad imprevisible y, en suma, desplegué todas mis artes automovilísticas para eludir el coche que venía detrás de mí.

Finalmente, lo perdí de vista en Beverly Hills y me sentí aliviado, parando el coche en un pasaje, y respirando hondo, apoyado al volante. Luego salí de allí con lentitud, miré a un lado y otro de la calle sin ver ni rastro de su coche, y conduje sin prisas hasta un bar, donde entré a tomarme una copa.

También era conocido allí. Pedí lo mismo que siempre pedía cuando era DeForest: una cerveza negra. Me la sirvieron sin apenas fijarse en mí. Puse en el aparato un disco que siempre seleccionaba con anterioridad: *September in the rain*, con Nat King Cole al piano. Un clásico milagrosamente indemne entre tanta basura de música moderna. Sonó la melodía sin que nadie me prestara atención, para ellos, Gene DeForest ya no existía. Nunca existiría. Estaba muerto y enterrado. La gente olvida pronto a todo el mundo. Y yo no tenía al parecer nada en común con el millonario muerto.

Salí del bar apenas terminó el disco. Me sentía decepcionado. Era un extraño, un desconocido en la ciudad, en los mismos círculos donde Gene DeForest fuese tan familiar a la gente. Los de la Fundación trabajaban bien. Demasiado bien, pensé.

—Hola, señor Rodney.

Me sobresaltó la voz. Miré al hombre sonriente, apoyado en el muro, junto al bar del que acababa de salir. Lancé una imprecación. Era el tipo del diente de oro, al que yo creía haber burlado en mi carrera por la ciudad. Vi su coche, justo tras el mío, aparcado junto a la acera.

—¡Usted otra vez! —Gruñí, furioso.

—No debió intentarlo —sonrió él—. No le va a ser fácil librarse de nosotros. No estoy solo en la tarea. A mí me puede, ver fácilmente. Pero hay otros. Seguirá habiéndolos mientras usted no

cumpla su parte, señor Rodney.

—¿Y después?

—Quedará completamente libre. No tendrá a nadie tras de los talones, palabra —meneó la cabeza, pensativo—. Quiero decirle algo: tiene sólo tres días para hacer lo que tiene que hacer. Tres días. Ni uno más.

—Tres días... Está bien. Lo haré.

—Estamos a jueves. El domingo tiene que estar hecho, no lo olvide —bostezó, apartándose de la pared y alejándose con paso lento calle abajo, hacia su coche.

Le vi partir con una mezcla de exasperación e impotencia. Eran más astutos y fuertes de lo que yo imaginaba. La red en torno mío era invisible pero inextricable. Como una telaraña a la que me adhería, quisiera o no.

Tres días para matar a un hombre. A mi mejor amigo. A un federal.

Era todo el plazo de que disponía. Si el domingo no estaba muerto Gavin Maynard, lo estaría yo. Y tal vez sin posible resurrección.

Ya no intenté evadirme. Sabía que era imposible. Si no lo había logrado antes, tampoco lo conseguiría ahora. Conduje con lentitud, reflexionando.

¿Por qué?, me preguntaba. ¿Por qué querían matar a Maynard? ¿Qué sabían él o el FBI sobre el misterioso procedimiento médico de los hombres de la Fundación para devolver la vida a un hombre moribundo, a cambio de dinero? ¿Era yo realmente el primero de una serie de «resucitados» que podían facilitarles cuantiosos ingresos, o formaba parte de una cadena ya iniciada?

Y sobre todo, ¿quién o quiénes estaban tras todo aquel extraño método de devolver la vida a los cadáveres? ¿Era el Director, el inquietante Doctor Ingram, el único responsable de todo aquel alucinante negocio? ¿Nadie controlaba la Fundación de forma adecuada como para descubrir que tras sus muros y sus métodos habituales de asistencia médica, existía algo diferente, un pabellón donde los muertos volvían a vivir y donde se podía suplantar un cadáver con otro sin identificación posible, para sepultarlo como el presunto difunto? Porque sin duda alguna, pensé, alguien tenía que reposar en estos momentos en mi lugar, allá en el panteón de los

DeForest.

Eran demasiadas preguntas. Y ninguna respuesta.

Decidí no darle más vueltas al asunto. En tres días de plazo, podía intentar algo más, antes que convertirme en un asesino.

Podía investigar. Descubrir la verdad de la Fundación.

Ellos habían creado un monstruo. Bien. Como tantas veces ocurriera antes en la literatura, el monstruo se volvería contra sus creadores, aunque terminase como los predecesores en tal empeño.

Estaba decidido. Iba a enfrentarme a la Fundación. Con todas sus consecuencias.

Y para ello, pensé que mi primer paso era el más aplastantemente lógico: ver a Shirley, mi viuda.

CAPÍTULO IV

Continuaba siendo hermosa y deseable. Parecía fácil amarla. Pero yo ni la amaba ni la deseaba. Ya no.

Ella me miró larga, fijamente. Me pareció fantástico que ni siquiera me relacionara con Gene DeForest, el hombre que había sido su esposo.

—Bien, señor Rodney —dijo con voz pausada tranquila y suave que yo tan bien conocía, y que tan poco se asemejaba a aquella otra dura, cruel y despectiva que utilizara para mofarse de mí en el centro médico—. Usted dirá las razones de su visita...

Aún ocupaba la pequeña y elegante casa de Bel Air, como había imaginado. Pero observé que lucía vestidos que yo le conocía ya. Y faltaban en sus dedos dos joyas muy significativas, aquéllas más valiosas que yo le obsequiara: un anillo de diamantes con una esmeralda y un collar de esmeraldas también, orladas de diamantes y montado todo ello en platino. Posiblemente las cosas iban mal. Y había tenido que pignorar sus amadas joyas.

—Verá, señora... —Comencé con cierta lentitud—. Es difícil exponerle la causa de mi visita, pero Gene era un buen amigo mío y...

—¿Gene? —Se alteró visiblemente, poniéndose rígida en la butaca—. ¿Se refiere a Gene DeForest?

—Naturalmente, señora. ¿No es usted su viuda?

—¡Claro que soy su viuda! —Sus ojos centellearon, con un fuego que yo desconocía en ellos—. Podía ser ahora la señora Parrish, pero eso no ha sido posible. ¿Y sabe por qué? ¡Porque el maldito bastardo de mi esposo me desheredó en su agonía, donando todos sus bienes a una maldita Fundación, un centro médico donde luego murió!

—Señora, yo no podía saber...

—He impugnado el testamento con la ayuda de mi abogado y prometido, el señor Parrish, pero parece ser que hay muy pocas esperanzas de conseguir nada positivo, porque el nuevo testamento está firmado ante numerosos testigos que confirman la plenitud de raciocinio de mi marido en aquellos momentos, así como su deseo de desheredarme. ¿Se da cuenta? ¡Yo, su esposa, mendigando virtualmente para sobrevivir, a punto de perder también esta casa, llena de deudas por los trámites legales en curso, y sin poder casarme con otro hombre porque no poseo ni un solo centavo de la fortuna que legítimamente me corresponde! ¿Y viene usted ahora, diciendo que su amigo fue ese cerdo, ese canalla sin conciencia?

Me costó no sonreír. ¿Era aquélla la mujer altiva, cruel y despiadada que se burlaba de un moribundo, confesándole sus infidelidades y sus planes futuros con otro hombre, a costa de su propia fortuna? ¿Era ésta la Shirley que yo conociera en mi vida anterior? Gustosamente la hubiera lanzado al rostro un montón de reproches y me hubiese burlado de ella.

Pero ahora que cabía la posibilidad de que la persona que mejor me conocía pudiera reconocerme, sentí cierto miedo a jugar mis cartas con demasiada osadía, y opté por el sistema conservador, sin arriesgar en exceso.

—A eso, precisamente, me refería yo, señora, al decirle que me era difícil exponerle la razón de mi visita —balbuceé, como si me encontrase cohibido por alguna razón—. Como amigo de Gene DeForest, debo confesarle que estuve con él poco antes de morir, exactamente en Honolulu, cuando iba a tomar el trágico vuelo que causó su muerte, al ser herido en Los Angeles por los terroristas del aeropuerto.

—¿Y qué? —Me miró ella, desdeñosa, todavía con la furia haciéndola respirar entrecortadamente—. ¿Qué puede decirme de interés que yo no sepa? Si pierdo el pleito sobre ese testamento impugnado, estaré en la miseria, totalmente arruinada, por culpa de ese puerco...

—Creí que usted le amaba...

—Nunca le amé —me cortó glacialmente—. Era un necio que sólo pensaba en sus negocios y en su dinero. Quizás yo le gustaba, me deseaba y me quería, pero yo a él no. Me daba asco. No era un

hombre ardiente ni sensual. Nunca me satisfizo... —Se detuvo, como si se diera cuenta de que hablaba de más sobre sus intimidades, se mordió el labio inferior y me contempló unos momentos, antes de añadir con tono más mesurado—: Perdone, señor Rodney. No debería hablarle de todo esto. Usted, después de todo, era su amigo. Quizás le esté hiriendo la sensibilidad lo que pienso del difunto DeForest.

—Bueno, lo cierto es que él me habló en Hawai de usted. Me dijo que estaba loco por usted, que luchaba en sus negocios por ofrecerle lo mejor. No entiendo lo que pudo ocurrir después para que cambiase tan asombrosamente de opinión...

—Yo tampoco —ella dominó un destello de ira y quizás de arrepentimiento en sus pupilas, al evocar la escena en la unidad de cuidados intensivos—. Nick... quiero decir, el señor Parrish, mi abogado, sospecha que en ese centro médico le hicieron una especie de lavado de cerebro, aprovechándose de su estado para manipularle y conseguir así su fortuna.

—Pero eso sería un delito; un fraude, un robo con extorsión a un paciente... Muy grave, señora. ¿Tienen pruebas de ello?

—Dios mío... —suspiró ella amargamente—. Pruebas dice... Si las tuviera, no estaría aquí, inquieta, esperando el desahucio, empeñada hasta las cejas, con mis mejores joyas vendidas o en la casa de préstamos, acosada por las deudas y los gastos legales... Ese canalla me dejó en la calle.

—Pero eso ya no tiene remedio —dije con suavidad—. La única posibilidad que usted tiene de vencer y recuperar su dinero, es precisamente ésa: demostrar que la Fundación cometió un delito y obtuvo ese dinero por medios ilícitos.

—¿Cómo demostrarlo? —musitó ella amargamente, encogiéndose de hombros.

—Yo podría ayudarla... si usted me ayuda a mí —sugerí con dulzura.

—¿Usted? —Pestañeó, mirándome fijamente. Tan fijamente, que me parecía imposible que algo en mi rostro, en mis gestos, en mi persona, no resultara familiar para ella. Aunque lo cierto es que cuando yo me había visto en espejos y vidrios, difícilmente hubiese podido recordar al «otro» hombre, al desaparecido Gene DeForest —. ¿Cómo, señor Rodney? ¿Cómo probar tal cosa? ¿En qué forma

me ayudaría?

—Conozco a algunas personas de la Fundación Ridgeway.

—¿Usted?

—Sí —asentí—. Es más: alguien de esa misma Fundación me ha dicho que lo que su esposo Gene hizo con usted fue... fue una venganza. ¿Es cierto eso?

—¡Una venganza! —Enrojeció violentamente, para después palidecer y eludir mi mirada—. ¡Qué disparate! ¿Qué otra cosa pueden decir ellos para justificar su criminal complot?

—Insisto, señora DeForest. Si vamos a colaborar, seamos ambos sinceros el uno con el otro. ¿Es cierto que él pudo desear vengarse de algo en usted?

—Bueno, yo... —vaciló ella, respiró hondo. Vi sus manos entrelazarse de forma angustiada—. Yo lo cierto es que... confesé a Gene en una ocasión que no le amaba... que le había estado fingiendo...

—Así está mejor —suspiré, echándome atrás en el asiento con una sonrisa—. Usted respiró aliviada al morir él. Pensaba disfrutar de su fortuna y casarse con ese joven abogado amigo suyo, ¿no?

—Sí...

—Y ahora, el abogado no quiere ser su esposo porque usted no tiene un centavo.

—¡Sí, maldito sea usted también, Rodney! —Se enfureció ella, poniéndose en pie airadamente y caminando hacia la ventana asomada al jardín—. Ésa es la verdad. Nick me ayuda en la labor legal, pero nada más. No quiere saber nada de bodas. Sospecho que es por mi actual situación. Me ha defraudado, lo admito. Ése es quizá mi castigo. Pero Gene no tenía derecho a llegar tan lejos, a entregar todo lo que era mío a unos extraños, a unos desconocidos...

—Estamos de acuerdo. Tuvo que existir alguna poderosa razón por medio. Señora DeForest, a eso iba. Trate de ayudarme con esa razón, y quizás recupere el dinero de su difunto esposo.

—¿Cómo conseguirlo? No conozco a nadie en la Fundación, no puedo entrar allí y acusarles de nada. Me procesarían por injurias y calumnias...

—No le pido eso. Usted tiene un buen amigo que lo era también de su esposo: me refiero al agente federal Gavin Maynard. Utilícelo.

Pídale ayuda. Expóngale sus sospechas y las mías. Que ahonde en los negocios sucios de la Fundación. Estoy seguro de que algo raro e ilegal existe allí dentro. Los federales pueden llegar lejos en sus pesquisas si lo desean. El chantaje, la coacción, es un delito federal. Pueden basarse en eso.

—Supongamos que le convenzo para que Maynard haga eso. ¿Cree que logrará algo?

—Nadie mejor que él para intentarlo. Hágame caso, señora.

—Un momento. Rodney —me interrumpió—. ¿Y usted qué gana con eso? ¿Por qué está aquí ahora para ayudarme?

—Por una razón muy sencilla, señora —dije con toda tranquilidad—. Porque incluso es posible que Gene DeForest pudiera tener una posibilidad de salvarse y ellos la hayan anulado intencionadamente allá dentro.

—Pero... ¡Pero eso sería *asesinato*! —jadeó ella, mirándome con repentino horror.

—Exacto —sonreí, poniéndome en pie y yendo hacia la puerta—. Asesinato en primer grado, señora DeForest. Ahonden por ahí. Quizás terminen por encontrar algo, y usted recupere su dinero. Y yo vería cómo se hace justicia en el posible crimen cometido en la persona de un viejo amigo mío... Buenas tardes, señora. En mi tarjeta tiene usted el teléfono y las señas donde me alojo en Los Angeles. Pero tome precauciones si contacta conmigo. Si hubo un asesinato por medio... ellos seguramente no vacilarían en cometer otro. Algo me dice que esa gente de la Fundación, sean quienes sean, no se detienen ante crimen más o menos...

Abandoné la casita de Bel Air. Por el retrovisor descubrí un coche tras de mí. Lo perdí en Culver City, pero sólo para ver otro pegado a mis neumáticos durante un largo trecho, hasta el apartamento que alguien había alquilado en Santa Bárbara, a nombre de Frank Rodney. Entré en él con mi llave.

Era un apartamento confortable, no demasiado lujoso, pero con todas las comodidades exigibles y una bella vista de Baldwin Hills, con los chalets desperdigados por las verdes laderas de las colinas.

Pero lo que atrajo la atención de mis ojos no fue la bella panorámica de las colinas, sino el papel desplegado sobre la mesita de centro, con algo escrito en gruesos trazos, con un rotulador rojo. Me acerqué. Y leí con un leve escalofrío:

«CUIDADO. RONEY. NO NOS GUSTA SU VISITA A LA SEÑORA DEFOREST. NO PONGA SU VIDA EN PELIGRO. NI LA DE ELLA. NO IMPORTAN DEMASIADO DOS VIDAS HUMANAS, DESPUES DE TODO».

No tenía firma. Ni hacía falta. Yo sabía quién había escrito aquello.

La Fundación.

* * *

Lo sabían. Ellos lo sabían. Era evidente.

Fumé en silencio, la miraba perdida en las luces que salpicaban las colinas, allá frente a mí. De vez en cuando, los faros de un coche barrían las arboledas y setos, perdiéndose entre los *bungalows* y *cottages* de Baldwin Hills.

Había llegado a imaginar que ellos pensarían en una posible reconciliación mía con mi esposa y nada más.

Pero quizás había subvalorado sus procedimientos y recursos. La idea de que hubiera un micrófono oculto en casa de Shirley, me había hecho revisar mi propio apartamento minuciosamente, hasta dar con lo que buscaba: había un micrófono en la rosca de una lámpara de pie. Demasiado evidente, pensé enseguida. No pensaba volver a valorar equívocamente a la gente con la que me enfrentaba. Tenía que haber allí *otro* micrófono mucho más oculto. Si me confiaba y hablaba sin tapujos, ellos se enterarían.

También hurgué el teléfono. Y, naturalmente, hallé un segundo micrófono de tamaño inverosímilmente pequeño, conectado a su interior. Otra cortina de humo. Aunque quitara el micrófono aquel, sabía que el teléfono continuaría intervenido de alguna forma, tal vez desde el exterior, por una extensión de la línea.

Eran astutos. Y peligrosos. Sabían que yo jugaba sucio con ellos. Y pensaban hacer lo mismo. Con la ventaja de que ellos tenían muchos más recursos en su mano.

Entonces, ¿por qué seguían dándome cuerda? ¿Para qué yo mismo me ahorcase? Ahora debían estar seguros de que yo pretendía no sólo burlarles, sino incluso lanzarles encima al FBI para

desenmascarar sus extrañas, oscuras actividades secretas allá en la Fundación.

Traté de serenarme mientras me servía un *bourbon* con hielo y seguía contemplando las luces de las colinas. En cualquier momento resolverían deshacerse del ficticio Frank Rodney, si éste era un problema para ellos. Después de todo, habían hecho ya lo mismo con Gene DeForest. Y alguien, el cadáver de otra persona, ocupaba mi ataúd en el cementerio de Pasadena.

Estaba solo en mi casa. Sin embargo, sabía que era vigilado por cien ojos invisibles, que cada mínimo movimiento mío era controlado por la Fundación. Ellos pensaban en todo. No me dejarían un momento, en tanto no asesinara a Gavin Maynard.

Me acosté con la sensación incómoda de que continuaba encerrado entre los muros del extraño centro médico, de que mi libertad era algo ficticio y que no tenía lugar en el mundo donde ir en busca de ayuda, por la sencilla razón de que no tenía amigos ni parientes. Frank Rodney no existía. Yo era Frank Rodney. Por tanto, no podía tener familia ni personas afines. Era solamente un nombre, un rostro, una cuenta corriente y unas tarjetas de crédito en un billetero. Si alguien me asesinaba, ni siquiera iban a preocuparse por mí. Nadie lloraría en mi auténtica tumba, aunque lo cierto es que las pocas lágrimas que alguien derramo en la otra tumba, fueron tan falsas como todo lo que ahora rodeaba mi segunda vida.

Dormí poco y mal. Tuve pesadillas en las que me perseguían hombres y mujeres de verde bata, riendo por interminables corredores blancos con olor a ácido fénico. El final era siempre el mismo en mis visiones oníricas de aquella angustiosa noche: los horribles seres de verde me amenazaban, me arrojaban en una mesa de operaciones, bajo cegadoras luces blancas, y mil bisturíes afilados penetraban en mi cerebro, destrozándolo entre risas agudas y crueles. Luego, la sangre me envolvía en una nube roja, de la que no podía salir, pese a que sonaba en alguna parte un timbre, algo llamando, que poco a poco se perdía en la distancia...

Desperté bruscamente, por última vez. La pesadilla final había pasado. Estaba empapado en sudor frío. Miré aterrado a la oscuridad que me rodeaba en el dormitorio. Y escuché el timbre, insistente, en alguna parte de la casa.

Eso sí existía. No era un sueño. Sonaba algo. El teléfono.

Me incorporé. Enjuagué el sudor con un pañuelo. Corrí al teléfono, dando una luz. Descolgué el aparato. Antes, había mirado el reloj que llevaba en mi muñeca, aquel reloj que me regalaran los médicos de la Fundación para suplir el hermoso cronógrafo de oro que perteneciera a Gene DeForest, el millonario *muerto*. Eran las cuatro.

—¿Sí? —pregunté roncamente, con mis nervios en tensión—. Aquí Rodney. ¿Quién llama a estas horas?

—Soy yo, señor Rodney —dijo una voz femenina—. ¿Me reconoce?

Tragué saliva. Solamente había dado mi teléfono a *mi* «viuda». Traté de identificarla en esa voz, pero no me fue posible. No. No era ella.

—Pues... no sé —confesé—. Me parece conocida su voz, pero no logro recordar...

—Jayne —dijo la voz—. Jayne Lang, ¿recuerda? Su enfermera en el pabellón de Alta Cirugía Experimental.

—¡Enfermera Lang! —repetí asombrado—. ¡La Fundación!

—Sí. Eso es. ¿Me reconoce ahora? —Creí intuir en la voz una nota tensa.

—Claro —asentí, evocando unos ojos color café, un cabello rojo y una naricilla breve y respingona—. ¿Por qué me llama?

—Estoy asustada, señor Rodney.

Tuve un estremecimiento. Una horrible idea cruzó mi mente. Traté de evitar que hablase demasiado:

—Escuche, ¿por qué no hablamos mañana personalmente? Es muy tarde. Y por teléfono...

—Sé a lo que se refiere —sonó su voz en mis oídos con cierto sarcasmo—. Claro que vigilan *su* teléfono, señor Rodney. Pero yo sé *cómo* lo hacen. No tema nada. Está desconectado ahora. Totalmente desconectado.

—No sea loca, enfermera —repliqué ásperamente—. Hay un micrófono aquí, en el teléfono. Y otros en la casa. También hay sin duda una interferencia en la línea...

—Sé todo eso. Claro que lo hay. Pero está inutilizado durante cinco minutos. No perdamos tiempo, se lo ruego.

—¿Inutilizado? ¿Todo? —repetí—. ¿A qué se refiere?

—Ellos trabajan con un sistema electrónico especial. Un circuito

común cuida de todos los sistemas de escucha y control. He averiguado el circuito. Tardarán cosa de cinco a diez minutos en advertirlo y reponerlo. Es mejor pensar en sólo *cinco* minutos para no cometer errores imperdonables.

Miré de nuevo mi reloj, tragando saliva. Las cuatro y dos minutos. Habíamos perdido unos ciento veinte segundos preciosos. Acepté sus palabras, por la sencilla razón de que sería estúpido engañarme. Yo había confesado saberlo todo sobre las escuchas. Y ellos sabían que yo estaba enterado de su juego. Valía la pena arriesgarme, si es que mi propio modo de jugar mis bazas no era ya de por sí bastante arriesgado.

—Adelante —pedí—. Quedan casi tres minutos. Sea rápida enfermera.

—Llámeme Jayne —pidió ella—. Me gusta más, señor Rodney. Tiene que ocultarse. Lo antes posible.

—¿Por qué?

—Piensan deshacerse de usted. Les ha traicionado.

—¿Cómo pueden saberlo?

—No lo sé. Lo saben y eso basta. Por eso tengo miedo. No quisiera que le hicieran daño.

—¿Por qué no? Apenas me conoce usted...

—No diga eso. Estuve a su lado durante casi tres meses de hospitalización. Paso a paso he seguido el proceso de su transformación, a partir del momento en que volvió a la vida.

—¿Sabe los demás hechos? —insinué.

—Sí, los sé. Me he enterado de ciertas cosas en el archivo. Su ficha personal, ¿comprende? No tengo habitualmente acceso a ellos. Pero quería saber de usted y busqué en ellos. No sé, le tomé simpatía, señor Rodney...

—Acabe pronto. Faltan sólo un minuto y treinta segundos —avisé, mirando mi reloj.

—Ya termino. En su ficha figura todo: usted tiene que asesinar a alguien. Sé que no piensa hacerlo. Han escrito algo en su ficha, en letras rojas.

—¿Qué?

—Una sola frase: «Sentenciado a muerte». Es obvio que van a matarle. Y pronto.

—¿Desde dónde me llama usted, Jayne? —demandé,

apremiante.

—Desde un teléfono público. No tema por mí, sino por usted. Ya debemos terminar. —Quisiera verla mañana, si salgo bien de esto— sugerí.

—Muy bien. Estaré en la cafetería del Radio Center, frente a los Estudios cinematográficos de la Paramount. A las diez de la mañana en punto. No falte. A las once entro de nuevo en servicio en la Fundación.

—No faltaré —prometí. Y añadí, antes de colgar—: Si vivo, naturalmente.

Apenas hube colgado, la voz sonó a mis espaldas con tono glacial:

—No, Rodney. No va a vivir a las diez de la mañana, esté seguro de ello...

Me volví. La pistola provista de silenciador disparó entonces sobre mí.

CAPÍTULO V

En ese momento pude haber muerto por segunda vez, tal y como me pronosticara el quiromante gitano de Coney Island.

Pero algo lo impidió. Me pregunté en ese fugaz momento de sobresalto si aquello podía ser o no un milagro. Lo cierto es que la bala silenciosa que partió de la pistola automática provista de un largo tubo en su cañón, rozó mi frente, despellejándola y haciendo gotear la sangre por mi mejilla. No supe exactamente si era debido al instintivo movimiento de mi cabeza cuando vi el arma ante mí, o por error en la puntería de mi asesino.

Era el hombre del diente de oro y la corbata de lazo con topos. Su molar dorado brilló en la penumbra como un siniestro destello en una máscara sardónica y repugnante. Luego se dispuso a apretar de nuevo el gatillo, mirándome cómo se mira a una alimaña.

Pero yo no iba a dejarme matar impunemente. De algo tenían que servirme las enseñanzas de la Fundación. Agilidad, músculos elásticos, dominio de Artes Marciales y todo eso. Suficiente para luchar con un sórdido asesino a sueldo.

Salté sobre él como una centella. Disparó por segunda vez, pero ya era tarde. Mi pie le había martilleado brutalmente el hígado y le vi doblarse, tosiendo de forma espasmódica. Cayó de rodillas. Pero el tipo era más fuerte de lo que parecía. Alzó su mano armada, entre toses jadeantes. Iba a disparar de nuevo. Y ahora a bocajarro, contra mi persona.

Le volví a golpear con el pie. Esta vez en la nuez. Sentí un áspero crujido bajo el impacto. Le vi poner los ojos en blanco y emitir un jadeo. Sus dedos se abrieron, soltando el arma de fuego. Salté sobre él como un tigre furioso. Yo mismo estaba sorprendido de mi combatividad.

—¡Maldito asesino! —rugí furioso, viéndole tartajear roncamente, con sangre en los labios—. De modo que te enviaron para terminar conmigo, ¿eh, rata de cloaca?

Sacudió la cabeza, angustiada su expresión, y su boca sólo emitió un cloqueo ronco e inarticulado. Creí comprender. Mi golpe de pie, digno de un karateka experto, le había provocado un daño irreparable en la garganta. Posiblemente ya nunca más hablaría, si es que vivía para contarle y no tenía rota la nuez también.

Nunca llegué a enterarme de eso porque de repente vi la sombra en el exterior, al otro lado de la ventana, en la galería de mi apartamento. Y las luces de las colinas se reflejaron en el negro metal pavonado de un revólver.

Alcé al tipo del diente de oro, cubriéndome con él. El otro disparó dos veces. No usaba silenciador. Estallaron vidrios violentamente y dos balas penetraron en la estancia. No me alcanzaron.

Fue mi escudo humano quien se agitó en mis brazos, al recibir ambos proyectiles en la espalda, Emitió un gorgoteo áspero, se agitó en espasmos... y dejó de existir en mis brazos. Lo solté cuando la sombra del exterior iniciaba la retirada en la noche.

El cuerpo sin vida rodó por la moqueta, mostrando dos feos agujeros sangrantes entre sus omóplatos. Recogí su pistola silenciosa. Corrí a la ventana destrozada y, a través de los estrellados boquetes de los vidrios, disparé por tres veces contra el fugitivo. Éste se perdió en el jardín, emitiendo un grito ronco que me hizo sospechar que una de mis balas le había alcanzado.

Momentos más tarde, un coche se puso rápidamente en marcha, perdiéndose en la noche con un barrido brusco de faros en el bulevar. Varias luces se encendían ya en otras ventanas, al alarmarse el vecindario con las detonaciones del revólver de mi agresor externo. Era una situación difícil la mía ahora, con aquel cadáver en mi apartamento, la vidriera rota... y mi nueva identidad tan frágil y poco consistente para resistir una investigación policial.

Pero no tenía adónde ir. Intentar la fuga podía significar caer en manos de los tenebrosos enemigos que me rodeaban, los miembros de la Fundación. No podía olvidar lo que dijera Jayne Lang al teléfono. Sobre mi ficha, en el centro médico del Director, figuraba una inscripción significativa: «Sentenciado a muerte». No creía que

se refiriese a una dolencia incurable, precisamente.

Resolví esperar. E incluso jugar abierta y temerariamente con mis escuchas. Descolgué el teléfono. Marqué un número. Y pedí por el Departamento de Homicidios de la ciudad de Los Angeles.

—Vengan a esta dirección, pronto —les informé, tras darles mis señas—. Soy Frank Rodney. Un hombre ha sido asesinado en mi casa. Intentaron matarme dos pistoleros.

Colgué, encendiendo un cigarrillo y depositando la pistola con silenciador encima de la mesa. Era posible que mis enemigos llegaran allí antes que la policía. O tal vez no. Las hostilidades se habían roto abiertamente entre la Fundación y yo. No me hacía ilusiones. Ellos eran todavía los más fuertes. Pero yo pensaba luchar hasta el último aliento. Si era preciso, hasta morir.

Hasta morir por segunda vez, naturalmente.

* * *

El teniente Morgan Taylor meneó la cabeza, con aire perplejo.

—No lo veo claro —confesó—. ¿Por qué quisieron matarle, señor Rodney?

Era la pregunta que más había temido durante todo el tiempo. Ahora, el oficial de Homicidios de la ciudad de Los Angeles me la estaba formulando. Y ni siquiera tenía para ella una respuesta razonable.

—Lo ignoro —dije, encogiéndome de hombros—. No creí tener enemigos en esta ciudad.

—¿Es usted de California? —quiso saber él.

—Sí —afirmé con cautela.

—¿De Los Angeles?

—No —rechacé—. Nací en San Francisco. He estado muchos años fuera de este país. Por eso no creía tener enemigos, teniente.

—Pero los tiene. Ese hombre disparó contra usted. Y otro le mató, al querer matarle a usted. Es lo que nos ha declarado, ¿no?

—Es la pura verdad —admití, ceñudo.

—¿Por qué motivo querría nadie matarle? —quiso saber el teniente.

—Lo ignoro —sacudí la cabeza—. Ya le digo que estuve años fuera de este país. —¿Dónde, exactamente?— quiso saber.

—En el Canadá —dije, siguiendo la historia que yo mismo me había pergeñado con rapidez, antes de que la policía invadiera mi apartamento—. Me ocupo en negocios, teniente.

—¿Qué clase de negocios, señor Rodney?

—Madera, maquinaria industrial y cosas así.

—¿No ha ocurrido nada a su regreso a este país que pueda justificar el atentado contra su vida?

—No, nada. Al menos, que yo sepa.

—¿Tiene familiares en esta ciudad?

—No.

—¿Amigos?

—Pocos —me encogí de hombros—. Ni siquiera los he visto aún.

—¿Cuánto tiempo lleva en la ciudad?

También había esperado esa pregunta. Y tenía una respuesta preparada. Una respuesta que, fuese cual fuese mi futuro destino, iba a crear posiblemente algunas dificultades a la Fundación.

—Poco —contesté—. Apenas unos cuatro meses.

—Es tiempo suficiente para haber sucedido algo que provocase este atentado contra su persona... —Gruñó el teniente Taylor, arrugando el ceño.

—Lo dudo —sonreí ingenuamente—. He pasado casi todo el tiempo hospitalizado.

—¿Hospitalizado? —se sorprendió él, enarcando las cejas—. ¿Dónde?

—Aquí, en Los Angeles, naturalmente.

—No me refería a eso. ¿En qué hospital?

—En el Centro Médico de la Fundación Ridgeway.

—La Fundación Ridgeway... —repitió él. ¿Fue imaginación mía o hubo un raro brillo, allá en el fondo de sus grises pupilas?—. ¿Por qué se hospitalizó tanto tiempo? ¿De qué padece usted, señor Rodney?

—Un accidente. Sufrí lesiones que me desfiguraron —sonreí, mostrando tras mis orejas las casi invisibles cicatrices de una prodigiosa intervención de cirugía plástica—. Los doctores Nichols e Ingram se ocuparon de mí. Allí conocí a alguien, otro paciente que murió...

—¿Qué paciente?

—Un tal Gene DeForest, millonario —sonreí de nuevo, casi

angelical—. Un gran tipo. Estaba gravísimo. Unos terroristas le habían cosido a balazos, según creo.

—DeForest... —asintió, pensativo, mirándome receloso—. Lo recuerdo muy bien. ¿Dice que trató con él cuando agonizaba?

—Sí, es cierto. Era un hombre curioso. Murió insistiendo siempre en lo mismo.

Los ojos del teniente Taylor eran dos agujas de hielo gris clavadas en mí cuando interrogó con voz tirante:

—¿Insistiendo sobre qué? —indagó seco.

—Oh, supongo que sería simple imaginación suya, cosas de un hombre moribundo.

—Pero ¿qué cosas, señor Rodney? —Se impacientó el policía.

—Simples delirios, imagino —reí, como si aquello me divirtiera mucho—. Él decía constantemente que la habían coaccionado y engañado, que los médicos de la Fundación iban a asesinarle para cobrar su herencia, que le habían engañado y presionado para nombrarles herederos universales.

—¿Eso decía DeForest? ¿Está seguro? —Su rostro se puso tenso.

—Sí, pero nunca le hice demasiado caso. El mencionó, antes de morir, eso sí, algo muy curioso...

—¿Qué, exactamente? —demandó con aspereza el oficial de Homicidios, acercándose a mí.

—Que era mejor que no le escuchara. Que eso podía costarme la vida cualquier día...

—Eso le dijo él, ¿eh? —El teniente Taylor se frotó el mentón, con gesto preocupado—. ¿Es todo lo que recuerda, señor Rodney, de su estancia en ese centro médico?

—Todo, si. Supongo que no tiene sentido que hablara de ello, teniente...

—Tal vez no... o tal vez sí —se encogió de hombros, contemplando el dibujo en tiza de la silueta del hombre muerto, que ya una ambulancia había retirado, así como el destrozo en la vidriera del ventanal asomado a la galería—. Pasemos a otra cosa. ¿Está seguro de que pudo herir al segundo pistolero?

—Seguro, no. No pude verle huir. Pero le oí gritar al tercer disparo.

—Ya. ¿Es usted buen tirador con arma de fuego, señor Rodney?

—No soy malo —confesé, sin decirle que había aprendido en la

Fundación.

—Y por lo que veo, tampoco lo es con técnicas karatekas. Le rompió la garganta.

—He aprendido algo de técnicas marciales de Oriente, sí. No demasiado, teniente.

—Pues le bastó para salvar su vida, es evidente —me estudió, entre receloso y pensativo—. De todos modos, tenga cuidado en el futuro. Pueden surgir nuevos problemas que no resuelva tan bien. Yo que usted, me cuidaría mucho de aquí en adelante.

—Lo intentaré, teniente. Pero supongo que no es misión mía descubrir por qué intentaron asesinarme esta noche...

—No, señor Rodney. Eso es misión nuestra exclusivamente. Usted lo que debe hacer, si cambia de domicilio, es darnos sus nuevas señas y confiar en nosotros. Pero no descuidarse ni un momento. Parece obvio que sus enemigos no son precisamente aficionados... ¿Sabe quién era el hombre que intentó matarle aquí hoy y que usted usó como coraza humana contra el segundo asesino?

—¿Cómo podría saberlo? —Sonreí, algo forzado.

—Se llamaba Bud Munro. Y tiene una amplia ficha de delincuente, sospechoso de varios asesinatos por cuenta ajena, aunque nunca se pudo probar nada contra él. ¿Se da cuenta ahora de la clase de gente que anda tras de usted?

Yo me había dado cuenta ya de eso mucho antes de decírmelo él, pero me limité a asentir, con un breve comentario ambiguo:

—Sí, teniente. Creo que empiezo a darme cuenta de ello...

En ese momento alguien irrumpió en el *living* haciendo una áspera pregunta:

—¿Dónde está el dueño de esta casa, el señor Rodney?

Me volví. Esa voz me era harto conocida. Contemplé al recién llegado, joven y vigoroso, elegante y dueño de sí. Sus ojos recorrieron la sala, se detuvieron en la vidriera rota y en la silueta de tiza sobre la moqueta, para terminar fijándose en mí, tras una leve inclinación de cabeza dirigida al teniente Taylor.

No advertí en él la menor señal de reconocimiento hacia mi persona. Mi última esperanza de ser identificado se diluía con esta experiencia.

—Oh, buenos días, Maynard —saludó el oficial de Homicidios—.

Ignoraba que el FBI tuviera relación alguna con este caso...

—Yo también me pregunto qué relación puede existir —sonrió mi viejo amigo Gavin Maynard, de la Oficina Federal de Investigación en Los Angeles—. Por eso estoy ahora aquí, teniente.

—Temo no entenderle, Maynard —confesó el policía, perplejo.

—Si Frank Rodney es el dueño de este apartamento, quisiera saber qué relación tiene lo sucedido aquí esta noche, y de lo que acabo de ser informado, con cierta entrevista personal que el señor Rodney ha mantenido con una amiga mía, la viuda DeForest.

—Vaya, otra vez ese nombre por medio: Gene DeForest... —repitió el policía, pensativo, mirándome de soslayo.

—¿A qué se refiere, teniente? —se interesó Maynard con viveza.

—No, a nada —suspiró meneando la cabeza en sentido negativo—. Si quiere hablar con el dueño de esta casa, ahí lo tiene. Señor Rodney, éste es el agente Gavin Maynard, del FBI.

—¿El FBI? —repetí lentamente, mirando al que había sido amigo mío durante años, y que ahora ni siquiera me reconocía—. Vaya, señor Maynard, su amigo DeForest me habló de usted antes de morir...

—Lo sé —cortó él secamente. De eso deseo hablarle. ¿Puede venir conmigo a mi coche, señor Rodney?

Asentí, procurando mostrarme inexpresivo. El teniente hizo un ambiguo gesto de asentimiento.

—Está bien —aceptó—. Pero vuelva luego al Departamento de Homicidios, señor Rodney. Le estaré esperando para que firme su declaración oficial.

—Descuide —asentí—. Estaré allí en cuanto me sea posible. ¿Vamos, señor Maynard?

—Sí, vamos, señor Rodney —asintió Maynard, con frialdad.

Abandonamos la casa. Un automóvil que me era familiar esperaba fuera, aparcado frente a la casa. Era el coche oscuro y sobrio de mi amigo Maynard. Más de diez veces había viajado con él cuando yo era Gene DeForest. Un coche con radioteléfono, mueble-bar, emisora de radio con ondas especialísimas y todo cuanto un experto y eficaz miembro del FBI necesitaba para sus actividades.

Subí a él como si fuera un extraño. Maynard se acomodó a mi lado sin pronunciar palabra. Puso el coche en marcha.

—¿Vamos a la Oficina Federal? —interrogué.

—No —negó—. Daremos vueltas por ahí, hasta que charlemos usted y yo, Rodney.

—¿De qué quiere hablarme?

—De su visita a la señora DeForest. ¿Por qué le habló de mí y le aconsejó que la ayudara?

—Porque usted es del FBI. Podía ayudarla en un caso claro de coacción.

—Ella ya me contó eso. No hay medio material de probar nada. No hubo testigos, si alguien coaccionó o presionó a DeForest para hacer un nuevo testamento en beneficio de una Fundación. No podemos intervenir si no hay chantaje probado.

—Yo sé que lo hubo, Maynard —aseguré.

—¿Por qué lo sabe? —refunfuñó con acritud, mirándome de soslayo.

—Porque yo soy *Gene DeForest*, ¿es que no lo entiendes, maldita sea? —Casi grité, irritado—. ¿Necesitas que te lo pruebe de alguna, forma, Gavin? Estoy dispuesto a pasar cualquier prueba para demostrártelo.

Maynard me miró de reojo. Sonrió. Luego sus palabras sonaron irónicas:

—¿Quién puede creer esa locura? Usted es Frank Rodney. No se parece en nada a mi difunto amigo DeForest.

—Lo sé. Nadie puede identificarme. Tres meses hospitalizado, tras una complicada operación de cirugía plástica, pueden cambiar mucho a un hombre, Pero yo sé cosas que nadie excepto DeForest podría saber, Ponme a prueba y te lo demostraré.

Se echó a reír. Conducía con rapidez. Sacudió la cabeza.

—No me hace falta —rechazó—. No necesito prueba alguna.

—¿Eso qué quiere decir? ¿Te niegas a admitir la verdad? ¿No me crees?

—Claro que te creo —rió, mirándome con extraña expresión—. Sé que eres *Gene DeForest*.

—¡Cielos, no! —gemí, aliviado—. De modo que lo sabes...

—Lo sé. Como sé que has cometido un gran error, amigo mío —suspiró el federal—. Acabas de firmar tu definitiva sentencia de muerte. Lo siento, *Gene*. *Tengo que matarte*.

No puedes enfrentarte a la Fundación. A todos nosotros...

Entonces vi el revólver en su mano. Y comprendí.

Comprendí que mi mejor amigo, el federal Gavin Maynard, *también* formaba parte de la Fundación.

CAPÍTULO VI

El reloj marcaba las nueve y veinticinco minutos de aquella mañana.

Faltaban solamente treinta y cinco para mi cita con Jayne Lang en el Radio Center de Santa Mónica, frente a los Estudios de la Paramount y de la RKO Radio.

Sin embargo, era como estar a mil millas de aquel lugar. Nunca llegaría a esa cita, ahora lo sabía. Había jugado fuerte. Y había perdido. Ellos ganaron la partida.

Ahora estaba en sus manos, iban a matarme.

Mi última esperanza acababa de esfumarse. Gavin Maynard, el hombre del FBI, mi amigo de siempre, la persona en quien más confiaba. Y era uno de ellos. Un miembro de la siniestra Fundación. No había escapatoria. Había caído en la trampa.

El hombre a quien se suponía que yo debía matar, era quien ahora tenía que matarme a mí. El mismo me estaba explicando la clave del sencillo enigma ahora:

—Era simplemente una prueba. Si salías triunfante de ella, confiaríamos en ti para algo grande que te volvería a hacer rico y poderoso, Gene. Todo dependía de ti. Y fallaste. Nos has traicionado. En vez de intentar matarme, has sugerido a Shirley algo para que el FBI sospechara de la Fundación. Has hecho morir a uno de nuestros hombres, Budd Munro. Y has herido gravemente a otro. En suma, eres un rebelde. No has aceptado las reglas del juego.

—Era juego sucio —protesté—. Os di mi fortuna. ¿Qué más queríais?

—Algo mucho más importante que tus millones, Gene —suspiró Maynard amargamente—. Ahora habrá que volver a empezar. No te

importa lo que ello sea. Lo cierto es que un plan minuciosamente dispuesto, se ha hundido por su propia base al fallarnos tú. Eso no podemos permitirlo.

—Pero Gavin, ¿cómo tú... tú pudiste... estar metido en esto? — me quejé con tristeza.

—Todo hombre tiene un precio, Gene. Incluso un federal puede venderse cuando la suma es tentadora. La Fundación paga bien. Tú pudiste llegar lejos, muy lejos. Esto era sólo el principio de un juego mucho más trascendente. Lo siento, Gene. No puedo hacer nada por ti. En esta partida no hay términos medios. O se está a favor o se está en contra. O se mata... o se muere. Si yo tratara de salvarte, sería yo el sacrificado.

—De modo que vas a matarme. En tu propio coche... — murmuré.

—No, no. No lo haré, si no me obligas. Me será fácil dar una explicación si lo hago, compréndelo. Eres un personaje sospechoso. Sin un pasado concreto, con un comportamiento raro y oscuro... Intentaste atacarme y te maté. Eso será todo. Pero puedes morir de un modo más piadoso y apacible, Gene. Sólo con que vengas conmigo sin oponer resistencia.

—¿Adónde?

—A la Fundación, naturalmente. El Director tiene medios sobrados de aplicarte un final suave, amable, casi grato. ¿Por qué morir con la cabeza destrozada a balazos, sufriendo una agonía rápida pero horrible?

¿Por qué no esperar la muerte como algo sedante y tranquilo, tendido en una cama, tras una comida copiosa y una buena bebida? E incluso con una mujer hermosa para despedirte gozosamente de la vida, Gene. Créeme. Será mucho mejor para todos. Acepta tu destino. Resígnate.

—No lo acepto. No me resigno —repliqué con aspereza—. Pero iré contigo. Eso alargará un poco el momento de mi muerte. Soy de los que piensan que mientras quede un minuto por delante, uno solo separándonos de la muerte, todavía hay una vaga esperanza.

—Allá tú —se encogió de hombros—. Yo no confiaría en eso, la verdad. Pero eres muy dueño de decidir. Te recuerdo algo: no intentes huir de este coche. Las puertas se abren y cierran por medio de un circuito electrónico. Yo he bloqueado ahora ese

circuito, hasta entrar en la sala de ambulancias de la Fundación. No puedes salir de aquí ya. Es una ratonera...

Asentí, humedeciendo mis labios. Conocía al maldito coche de Gavin. Era blindado, inexpugnable, sofisticado. Si él decía que no había escapatoria posible, es que no la había. Rodó mi dorada ratonera hacia el punto de destino, la siniestra e indefinible Fundación...

Mientras tanto, mi mente trabaja presurosa, contra reloj, buscando a la desesperada, una oportunidad, una sola, de evasión.

Y de repente, creí encontrarla.

Sucedió cuando empezaba a detenerse ante un semáforo. Su revólver me encañonaba desde su mano zurda, apoyada en las rodillas. Puertas y ventanillas eran inexpugnables para mí.

Sin embargo...

Sin embargo, lo intenté. Después de todo, tenía ya muy poco que perder. Había muerto en una ocasión. Era igual morir ahora por segunda y última vez.

Mi reacción sorprendió a Gavin Maynard, el hombre del FBI vendido a la corrupción dorada de la Fundación. Había contado con eso para tener éxito, si es que ello era humanamente posible.

Y empezaba a serlo. Justamente en el momento en que yo actué.

* * *

Fue todo muy rápido. Incluso para un hombre habituado a enfrentarse a situaciones inesperadas, como mi «amigo» Gavin Maynard, el indigno federal vendido a los intereses ocultos de la Fundación.

Lo cierto es que, de repente, estiré mi pierna y pisé el acelerador, obligándole a la vez a pisar el embrague con mi otro pie sobre el suyo. Su poderoso coche arrancó en ese momento con potencia, saltándose el semáforo y estando a punto de arrollar a un grupo de personas, que se volvieron airadas, eludiendo el impacto confusamente. Un agente de policía hizo sonar su silbato, alarmado.

Maldiciendo entre dientes, Maynard, por simple movimiento reflejo, apretó el gatillo, justo cuando yo saltaba sobre él, procurando eludir la recta de su revólver. Creo que lo único que me fue posible evitar en ese momento, fue que la bala se clavara en un

punto vital de mi cuerpo, hiriéndome de modo grave o quizás mortal.

Pero no pude impedir que el proyectil mordiera mi carne. Sentí un ardiente desgarró en el cuerpo, que me era tristemente familiar. Ya en otra ocasión, allá en el aeropuerto, había sentido en mis carnes esa misma mordedura cruel y dolorosa. Tal vez por ello me impresionó menos y me debilitó menos aún.

Golpeé a Maynard, mientras mantenía el pie en el acelerador. Pese a que intentó frenar, ya era tarde. Dada la potencia de su coche, éste había saltado violentamente el bordillo de la acera, penetrando en ésta, causando el pánico general, para ir a empotrarse con terrorífica violencia en un gran escaparate de un establecimiento de electrodomésticos. A nuestro alrededor, como un infierno, docenas de televisores en color encendidos para su exhibición y venta, estallaron al ser arrollados, produciéndose una serie de chisporroteos y explosiones. El morro del blindado vehículo se hincó en otra vidriera y, finalmente, arrasó otra pila de aparatos de radio, magnetófonos y tocadiscos, con terrible estrépito.

Maynard rugía, aferrado al volante, forcejeando conmigo, puesto en pie e impidiéndole ver a través del parabrisas. Mi herida derramaba la sangre sobre sus ropas, manos y rostro.

—¡Maldito DeForest, aparta! —rugió, debatiéndose en la rabiosa lucha conmigo.

Nunca supe si, a causa de las explosiones de los televisores, o provocado por los violentos choques que sufría el vehículo, dentro se produjo un cortocircuito, y los controles electrónicos del sofisticado automóvil comenzaron a chisporrotear, despidiendo llamaradas azules y una serie de zumbidos extraños.

Luego, repentinamente, descubrí que el coche ardía por su parte posterior. Forcejeé todavía con Maynard, el coche describió un giro violento, lanzándome a un lado con fuerza, y se empotró finalmente en un muro del negocio de electrodomésticos.

Esta vez el impacto fue tan tremendo que Maynard salió proyectado hacia delante y se estrelló contra el volante y el parabrisas indestructible. Su cráneo sonó de modo escalofriante y le vi sangrar de pronto en abundancia por una ancha abertura en su frente.

No iba a intentar atenderle. Maynard había sido amigo mío una

vez, pero eso quedaba atrás ahora. Muy lejos para sentirme amable con él. Su bala ardía aún en mi cuerpo y me sentía debilitar a causa de la pérdida de sangre. El coche seguía ardiendo y al saltar los circuitos electrónicos, cuando probé el tirador de la portezuela, ésta cedió sin dificultades.

Salté fuera del vehículo, ante los ojos aterrados de los empleados y clientes del arruinado negocio, mientras las llamas avanzaban con excesiva prisa hacia el depósito de combustible del poderoso vehículo.

—¡Fuera, aléjense! —aullé, sujetándome con ambas manos mi herida y corriendo inseguro hacia la salida—. ¿No ven que va a estallar de un momento a otro?

Apenas me oyeron, se produjo la desbandada. Vi correr a todos como si les persiguiera el diablo. Yo mismo, pese al dolor de mi herida y a que la cabeza me daba vueltas, alcancé el exterior en un momento y corrí por entre la gente que se agrupaba en la acera.

—¡Fuera, fuera todos! —Seguí gritando, exasperado—. ¡Ese coche va a estallar, márchense lejos!

Unos policías procuraban alejar a la gente, conscientes como yo mismo del peligro mortal que significaba aquel automóvil allí. Tal vez ocupados en todo eso, ni siquiera se dieron cuenta en la confusión del momento de mi sangrante herida. Ni yo tenía la menor intención de hacerles partícipe de mi estado.

Lo único que quería era huir. Y huir lo más lejos posible, antes de que aquello fuese un verdadero infierno.

Tuve el tiempo justo de arrojarme de bruces en un callejón inmediato, tras dar la vuelta a la esquina que ocupaba el establecimiento siniestrado. Dentro de éste, de repente, pareció volar un depósito de dinamita. Reventando el coche blindado de Maynard, éste se convertía en un auténtico proyectil, capaz de triturarlo todo a su paso, en medio de la bola de fuego de su combustible provocada con la explosión.

Esta vez, televisores y todo cuanto quedase indemne dentro del establecimiento, siguió el mismo camino, dentro de la pavorosa destrucción provocada por el vehículo en llamas, imaginé a Maynard hecho pedazos dentro de aquel caos, con su cuerpo saltando en jirones, y le perdoné todo el mal que me había hecho.

El muro de ladrillo de la tienda se agrietaba y parte del mismo

pasó volando por encima mío y de los cubos de basura allí apilados. La gente gritaba en la calle y los policías se iban reuniendo en las inmediaciones para establecer un cordón prudencial que evitase posibles víctimas.

Me incorporé. Nadie me prestaba atención en esos momentos, de lo cual me alegré. Apreté mis ropas contra el cuerpo, sujetándome la zona herida, donde introduce un pañuelo que, de momento, me cortase la hemorragia, y eché a andar, alejándome de la zona. Un taxi me llevó lejos, sin que el conductor advirtiese tampoco nada anormal en mí, salvo, quizás, la palidez de mi semblante demudado.

—Amigo, ¿se encuentra mal? —preguntó por el camino, mirándome por el espejo retrovisor.

—No, no —rechacé con una sonrisa forzada—. Nada de eso. Pero presenciar el accidente de ese coche me ha puesto enfermo...

—Lo creo. La gente hoy día no sabe conducir por las calles —comentó con trivialidad el taxista—. ¡Mira que empotrarse en una tienda y hacerla pedazos!

No comenté nada, limitándome a asentir. Me dolía mucho la herida y eran casi las diez.

Confiaba en llegar a tiempo a mi cita con Jayne Lang, la enfermera de la Fundación. No se me había escapado la posibilidad de que fuese una nueva trampa, pero ya no venía de una. Estaba dispuesto a correr toda clase de riesgos. Pero también estaba dispuesto a vender mi pellejo a tiras antes de darme por vencido ante aquella siniestra gente cuyos tentáculos parecían llegar a todas partes.

A las diez y tres minutos, el taxi me dejaba frente al Radio Center, no lejos de los Estudios de la Paramount. Descendí del mismo, pagué la carrera y caminé pesadamente hacia el edificio, disimulando lo mejor posible mi herida, que ahora sangraba un poco menos aunque dolía bastante más.

Pronto vislumbré a Jayne parada en una de las puertas del soberbio edificio. Su rojo cabello, su piel suave y sus ojos color café, eran inconfundibles aun a distancia y en mi estado actual.

Cuando llegué ante ella, se llevó un sobresalto.

—¡Señor Rodney! —murmuró—. Está usted herido...

—Espero que no sea gran cosa —sonreí forzado—. Un simple disparo de un amigo.

Pero él está en el cielo... o en el infierno, no sé. ¿Sabe si la han seguido?

—No, nadie. He tomado precauciones... —contempló mi herida y la mancha de sangre con preocupación—. Debería llevarle a casa y curarle. Pero no me atrevo. Puede que ellos vigilen mi domicilio, en previsión de cualquier cosa. Con esa gente, nunca se sabe.

—Por supuesto —admití—. Lo malo es que en este estado no voy a poder ir muy lejos, Jayne. Tal vez le parezca una proposición deshonesta, pero le aseguro que no lo es. ¿Qué tal si vamos a un hotel, tomamos una habitación... y allí me arreglo lo mejor posible mi herida, al menos para soportar unas horas en pie? Podríamos adquirir de paso un pequeño botiquín para ello.

—No tiene que disculparse —sonrió Jayne—. Es una buena idea. Vamos a un hotel de esos que usted dice. Yo pararé un taxi. Por el camino bajaré a comprar algunas cosas para curarle. Recuerde que soy enfermera.

—¿Cómo olvidarlo? —Sonreí irónicamente. Miré en derredor, precavido—. Con tal de que no nos vigilen...

—Si lo hacen, son más listos de lo que imaginaba —suspiró ella—. He hecho todo lo posible por despistarles. Además, no creo que sospechen de mí.

—No esté tan segura. Usted trabaja para ellos, pero yo empiezo a conocerlos demasiado bien. Están en todas partes. Tienen millones de ojos. Espero, Jayne, que todo esto no forme parte de un truco...

—¿Desconfía de mí? —Hubo decepción en sus ojos color café—. Si esto fuese una trampa, Rodney, usted ya habría caído en ella.

—Es cierto. Además, usted no podía saber que yo saldría bien librado de la otra trampa que me tendieron. Vamos allá. Confiaré en usted ciegamente.

—Gracias —sonrió ella suavemente, tomándose de un brazo—. En marcha.

Detuvo un taxi, ayudándome a entrar. Le di una dirección nada respetable. Ella bajó del vehículo ante una farmacia, y regresó con un paquete bastante voluminoso, mirándome con expresión preocupada.

—¿Cómo va eso? —susurró.

—No del todo mal, dadas las circunstancias —murmuré, sin moverme de mi postura para no provocarme más dolores

innecesarios.

Llegamos al hotel que yo había elegido para refugiarnos en él durante mi curación. No podía decirse que fuera un sitio limpio ni decente, pero Jayne no objetó nada. El conserje nos dio una llave, cobró por adelantado, le di una propina generosa y subimos bajo su mirada maliciosa hasta una de las habitaciones del establecimiento.

Cerré la puerta. Respiré aliviado y me arrojé sobre la cama. Ella me miró, empezando a desenvolver el paquete.

—Ante todo, curemos eso —dijo, abriendo el grifo del agua y extrayendo frascos de yodo, alcohol y otros desinfectantes, así como vendas, gasa, esparadrapo, tijeras, pinzas y demás útiles.

Se lavó y desinfectó las manos y limpió mi herida con alcohol. Luego, procedió a extraer la bala. Estaba alojada en un buen sitio, según ella, y no le resultó difícil recuperarla. Me la mostró, aplastada y deforme, con una sonrisa, mientras derramaba más alcohol en mí herida y yo me agitaba de dolor.

—Ya está —dijo risueña—. El resto es cosa sencilla. Lo malo es que ha perdido mucha sangre, Rodney. Se sentirá débil durante un tiempo. Y no podrá moverse demasiado, o esto volverá a abrirse. Recuerde que no puedo coserle ahora. Sólo es una cura provisional, que puede sangrar de nuevo en cualquier momento, si la fuerza demasiado. Pero si es buen chico, puede que logremos tenerla cerrada hasta que logre mejor material y pueda ponerle ahí un par de puntos.

—Buen chico... —repetí con sarcasmo—. Eso dependerá de ellos, usted lo sabe. A estas horas, ya sabrán que un federal a su servicio está hecho pedazos en una tienda de electrodomésticos convertida en un infierno. Me buscarán por toda la ciudad. Y conocen mi rostro mejor que nadie en este mundo. Al menos, el rostro que tengo ahora.

—Cálmese —me pidió ella—. No se agite. Eso no le haría ningún bien a su agujero.

—Procuraré seguir sus consejos, Jayne —gruñí entre dientes—. Pero maldita sea, todo dependerá de ellos. Ahora, hábleme de usted. ¿Por qué hace todo esto?

—Porque estoy asustada.

—¿Asustada? —La miré pensativo, sin moverme del lecho, mientras se lavaba las manos tras haberme vendado de forma

conveniente—. ¿De qué y por qué? ¿No forma usted parte de su grupo?

—Es una de esas cosas que ocurren sin darse una cuenta — musitó, yendo hasta la ventana, pensativa, y mirando a la calle a través de los visillos—. Empecé de enfermera en la Fundación Ridgeway como una más. Destaqué y el doctor Nichols me solicitó para su grupo de colaboradores. Primero pensé que eso era bueno para mi futuro, porque ignoraba que existiese el llamado Pabellón de Alta Cirugía Experimental. Un día, una enfermera especializada de su confianza sufrió un accidente y se quedaron con una vacante, teniendo al parecer un caso semejante al suyo en sus manos. Entonces me hicieron una prueba, solicitando de mí total discreción. Yo colaboré en ello, segura de haber llegado al máximo en aquel Centro. Más tarde, empecé a darme cuenta de que, insensiblemente, me había metido en una telaraña, lo mismo que una indefensa mosca.

—Y ya era tarde para salir.

—Demasiado tarde. Había jurado total reserva sobre los experimentos médicos de la Fundación. Primero pensé que esos experimentos eran bastante beneficiosos para la Humanidad y que sólo un exceso de celo en perfeccionarlos les mantenía en el anonimato más completo. Hasta que me di cuenta de que, realmente, el doctor Ingram ha logrado devolver la vida a los cadáveres, en determinadas circunstancias, salvándoles de la auténtica muerte clínica.

—De modo que es cierto. No es un truco rocambolesco. Ellos *resucitan* a la gente.

—Sí. Es lo terrible —se echó atrás un mechón de su delicioso cabello rojo, con gesto nervioso—. Son como nuevos y terribles dioses. Dominan la vida y la muerte. Tejidos nuevos, válvulas plásticas de gran perfección, trasplantes sin rechazo y renovación de vísceras vitales... Todo eso lo domina el doctor Ingram. Y el doctor Nichols es su ayudante predilecto. Pueden, en realidad, devolver la vida a un muerto, en determinadas circunstancias favorables. Dicen que es sólo el principio. Esperan conseguir mucho más: la resurrección total, absoluta, sin excepciones.

—Pero no para el bien de la Humanidad, como usted creía — dije, mirándola con fijeza desde aquel lecho que el sátiro de la

conserjería imaginaría que estábamos compartiendo en estos momentos ella y yo.

—No, claro que no —suspiró con pesar—. Ni mucho menos, Rodney.

Ella seguía llamándose «Rodney». Tal vez por deformación profesional en su nuevo trabajo sanitario en la Fundación, Jayne Lang utilizaba siempre el nombre nuevo del paciente.

—Es cierto que se trata del «negocio de la Muerte», ¿no? —musité.

—¡Y de qué modo! —murmuró con abatimiento, sacudiendo la cabeza y yendo hacia mí con paso lento—. Claro que negocian con la muerte. Existen otros como usted dispersos por ahí. Gente dada por muerta, que goza de una segunda y falsa vida bajo otro nombre y apariencia física. A cambio de su dinero, naturalmente. Son prisioneros eternos de la Fundación. Pero al menos viven y parecen felices con ello, aunque en todos los casos deben renunciar a su anterior existencia, familia y amigos. Muchos de ellos la verdad es que lo estaban deseando, y ellos se limitan a cobrar por ese capricho que parecía imposible verdaderas fortunas.

—Pero imagino que no todos irán por el mundo asesinando a alguien por encargo de la Fundación...

—No, claro que no —la vi angustiada. Se sentó al borde de la cama y me miró con sus ojos de color marrón cuajados de temor y de incertidumbre horribles—. Usted es el primero.

—¡Yo! —exclamé asombrado—. ¿Por qué yo?

—Lo ignoro. Le escogieron. Tenían ya un rostro especial para usted. Dijeron algo así como que habían estado esperando el hombre idóneo para ello. Empecé a sentir temor en esos momentos. Veía algo oscuro, mucho peor aún que negociar con la muerte y la resurrección. Y así fue. Sin apenas darme cuenta, me enteré por una indiscreción del doctor Nichols de que usted tenía por misión asesinar a alguien.

—Pero eso era falso La persona a quien yo debía asesinar era un miembro de la propia Fundación, un amigo mío del FBI...

—Lo sé, lo sé —musitó ella asintiendo—. Pero eso era sólo un experimento. Sencillamente, le ponían a prueba con ese hombre, para ver si era capaz de matar. Si no lo hacía, si intentaba traicionarles o advertía a su víctima, sabrían que habían perdido la

ocasión de hallar su hombre determinado, el cliente especial que esperaban, y tendrían que volver a empezar.

—Pero a empezar... ¿Qué? —la apremié, tomándole una mano con firmeza.

Me miró angustiada. Se encogió de hombros casi desesperadamente.

—No lo sé —confesó—. Palabra que no lo sé, Rodney... Pero ellos planean matar a alguien. Alguien importante, ¿comprende? Y esperaban que usted se ocupara de ese asunto. Tras el fracaso, tienen dos cocas por hacer: deshacerse de usted definitivamente y totalmente... y buscar a otro. Es el método de la Fundación. Lo conozco, por eso me aterra.

—Si al menos supiéramos algo... A *quién* pretenden matar, qué es lo que buscan en realidad... —Sacudí la cabeza con desaliento—. ¿Cree que podrá averiguarlo cuando regrese a la Fundación, sin correr riesgos, Jayne?

—No sé —seguía mirándome—. Lo intentaré.

—¿Por qué se arriesga tanto? ¿Por su propio terror a verse hundida hasta el fondo de la vorágine de pesadilla?

—No sé... —vaciló, miró mi mano, que apretaba la suya. E instintivamente, tomó esa mano mía entre las suyas y la apretó con fuerza, empezando a sollozar. Luego, ante mi asombro, murmuró roncamente—. Creo que también... porque me enamoré de usted en la Fundación durante aquellos meses, Rodney...

CAPÍTULO VII

Fueron unas horas maravillosas.

Ni Jayne ni yo habíamos pensado en ningún momento que aquel hotelucho para citas poco honestas fuese a conocer algo tan hermoso y sincero. Pero lo cierto es que Jayne se entregó a mí. Y yo a ella.

No sabía aún cómo sucedió cuando nuestros cuerpos se separaron bajo las sábanas y dejé de notar la dulce y turgente presión de sus hermosos pechos sobre mi torso. Pero había ocurrido. Jayne se había entregado en mis brazos, tierna, dulce, espontáneamente, casi sin palabras. Y yo le había devuelto esa entrega con total devoción. Como ansioso no ya de saciar un simple deseo sexual que me acuciaba, sino porque algo en ella me atraía, y muy intensamente, aun antes de saber que estaba de mí parte y que quería ayudarme a salir de aquel siniestro conflicto en que estaba sumergido, aun a riesgo de correr ella serio peligro.

—Frank... ¿Qué pensarás de mí? —musitó a mi oído.

—No digas tonterías. Pienso que eres maravillosa. Y que este hotel, esta sucia y miserable habitación no cuentan. Ha sucedido aquí como pudo suceder en otro lugar...

—Frank, no me entrego fácilmente a un hombre. Desde hace mucho tiempo, yo...

—Calla —la rogué, besando sus labios—. Y no me llames Frank. Ocurra lo que ocurra, haga lo que haga esa gente, Frank Rodney no existe. Yo soy Gene DeForest. Y sigo siéndolo, diga lo que diga la lápida de una tumba.

—Sí —me miró amargamente—. Y Gene DeForest tiene esposa...

No supe qué decirle. Ella tenía razón. Casi había llegado a olvidar mi vida pasada, a Shirley, a todo aquello que fue la vida de

DeForest, el millonario. ¿Tendría razón Jayne? ¿Sería yo Frank Rodney y nada más?

Iba a responder a eso cuando golpearon suavemente con los nudillos en la puerta de la habitación. Ambos nos erguimos con sobresalto. Cambiamos una mirada.

—¿Sí? —dije secamente—. ¿Quién es?

—Perdone, señor —sonó la voz del conserje—. Está aquí la policía. Desea revisar su documentación. Es una simple visita rutinaria, dice el oficial.

—Al diablo con eso —me irrité, saltando de la cama y poniéndome el pantalón—. No tienen por qué molestar a un ciudadano. Este hotel está para arrendar habitaciones, ¿no? Que miren el registro abajo y se larguen.

—Perdone, señor —sonó otra voz más grave, con tono educado—. Es una inspección rutinaria. En ese hotel hubo un suceso desagradable el otro día. Cumplimos órdenes. Le aseguro que sólo examinaremos un instante su documentación. Sólo la suya, señor, y nos marcharemos. Ni siquiera vamos a entrar en la habitación, palabra.

—Está bien —refunfuñé, indicando a Jayne que se metiera en el cuarto de aseo—. Ya abro. Y sean breves, por favor.

Tomé mis nuevos y falsos documentos y abrí ligeramente la puerta.

Ése fue mi gran error. Aunque supongo que, de no hacerlo, la hubiesen tirado abajo. Los hombretones penetraron violentamente en la estancia. Eran tres. Dos me sujetaron con energía, y un tercero corrió al cuarto de aseo. Oí gritar a Jayne, que salió con el tipo, forcejeando, semidesnuda.

Desde el corredor, humedeciendo los labios con gesto servil y confuso a la vez, el conserje se justificó ante mí:

—Verá, perdone... Ellos me obligaron...

—¡No son policías! —rugí—. ¡Esto es un atropello! ¡Avise a la verdadera policía!

—Vamos, vamos, Rodney, no diga tonterías —rió uno de ellos—. Si ese pobre tipo hiciera tal cosa, viviría solo unos segundos para contarlos. Sabe que eso no le conviene. Hemos dado con usted y nos lo llevamos. Gracias, señorita Lang, por llevarnos hasta el paciente...

—¡Jayne! —rugí, volviéndome entre sus brazos, sin cesar en mis forcejeos, y mirando acusador a la enfermera—. ¡Me has vendido! ¡Es una traición!

—Te juro que no, querido... —sollozó ella, sujeta por el gorila aquel.

—No la culpe de nada, Rodney —rió uno de mis captores, arrastrándome al pasillo—. Ella no sabía que era vigilada estrechamente, como todos los miembros de la Fundación. Un emisor especial de ondas va en su bolso. Basta seguirlo para saber siempre dónde está ella... Y del mismo modo se vigila a todos los componentes del personal de la Fundación. Lo lamento por usted, enfermera Lang. Va a pasarlo mal ahora...

Nos metieron en un coche cerrado, una furgoneta comercial sin ventanas, donde me esposaron y amordazaron. El viaje duró un largo rato. Cuando nos bajaron del vehículo, en un garaje amplio y sombrío, estuve seguro de que había vuelto a la Fundación.

Y esta vez para no salir jamás.

* * *

—Bien, Rodney. Su herida no es grave —sonrió el doctor Nichols, tras terminar la costura de la misma y volver a cubrirla de vendajes—. Como ve, cuidamos aún de usted.

—¿Para qué? —repliqué ásperamente. ¿Para conducirme sano al sacrificio final?

—Es usted siempre muy truculento en sus expresiones, Rodney —rió el médico de buena gana—. ¿Quién ha dicho que va a ser sacrificado?

—¿Qué otra cosa pueden hacer con un rebelde que les ha traicionado y ha causado la muerte de Budd Munro y de Gavin Maynard, el federal?

—Más la muerte de otro hombre llamado Barry Cox, nuestro ejecutor oficial —suspiró el médico—. Usted le hirió en el jardín de su casa, ¿recuerda? Pues bien, falleció de sus heridas. Y, naturalmente, no valía la pena hacerle resucitar. Es un proceso muy costoso para un pobre diablo. Lo que sobran hoy en día son mercenarios del crimen, amigo mío.

—No me gusta todo esto. Si soy tan peligroso para ustedes, ¿por

qué me conservan vivo?

—¿Quién ha dicho que sea peligroso? —soltó una nueva carcajada—. Sólo que mató a tres hombres. Es un buen récord para un hombre que no quería matar, pero supongo que el animal herido y acosado acostumbra a ser más agresivo que el normal. Sin embargo, usted ha vuelto aquí.

—Y aquí voy a morir, ¿no?

—No siga obsesionado con eso. Todavía tiene una posibilidad. Remota, pero la tiene. —¿Una posibilidad? ¿Cuál?

—Matar a una persona, naturalmente. Desde un principio, ésa ha sido su misión. Y lo que usted firmó antes de su primera muerte.

—Ya fallé en eso. Sólo en parte, porque Maynard murió —sonreí agresivo.

—Bromea, ¿no? Sabe bien que Maynard era sólo un truco. Él no es la persona que debe morir, Rodney. Por eso dije que tiene una posibilidad. Mate a la auténtica víctima elegida... y habrá salvado su vida.

—¿Y la vida de Jayne Lang? —indagué.

—¿Le preocupa mucho esa joven?

—Mucho. Ahora sí.

—Entiendo. Parece que encontró un nuevo amor en su nueva vida, ¿eh?

—Déjese de burlas. ¿Qué va a ocurrirle a ella?

—Nada si usted coopera. Digamos que le ofrecemos doble compensación: su vida y la de Jayne Lang, si usted cumple su compromiso con la Fundación.

—Es decir: si mato a la víctima escogida, quedamos libres y a salvo ella y yo.

—Sí, exacto.

—¿Cómo puedo saber que ustedes cumplirán su palabra? —repliqué.

El doctor Nichols me miró fríamente. Se encogió de hombros.

—Tiene que confiar en nosotros. No le queda otro camino. Ése... o dejarse matar ahora, no sin antes ver cómo muere su impulsiva amiguita Jayne.

—¡Cerdos! —rugí furioso, incorporándome.

—Tenga cuidado. Su herida se abrirá —me avisó glacialmente el médico—. Y tiene que estar curado para dentro de dos semanas.

Entonces matará a su hombre... o serán ejecutados los dos. Sus cuerpos serán utilizados alguna vez, extraídos del frigorífico en su momento, para ocupar el sitio que dejen otros dos «resucitados», compéndalo. Debidamente cambiados y desfigurados, ocuparán un sitio en una tumba, supliendo a alguien que gozará de su segunda existencia. Es el negocio.

—Su maldito negocio de la Muerte...

—Llámelo como quiera. ¿Qué decide?

—Parece que no hay otra salida —mascullé—. Tengo que ser un asesino... o ver morir a la muchacha a quien quiero, antes de morir yo mismo.

—Exacto, amigo mío —asintió el doctor Nichols.

—Bien —dije sordamente—. Me decido.

—¿A qué?

—Mataré a ese hombre.

Sonrió dubitativamente el médico. Meneó la cabeza de un lado a otro.

—Sé que está fingiendo de nuevo —me avisó—. No lo hará. Volverá a traicionarnos. Pensará en evadirse. Quizá esta vez tenga suerte, ¿no? Es lo que usted piensa, sin duda. Trata de ganar tiempo, de tener una ocasión de burlarnos.

—¿Y si fuera así?

—No se lo aconsejo. Le encontraríamos igual, tarde o temprano, como ha ocurrido esta vez. Nuestros recursos son ilimitados, nuestro poder absoluto. Y además, habrá un rehén, recuerde.

—¿Un rehén? —vacilé—. ¡Jayne!

—Eso es.

—¡Pero usted ha dicho que ella...!

—Ella será liberada, sí. Pero sólo cuando usted haya cumplido su misión, Rodney. Un fallo, un arrepentimiento, una nueva traición... y ella morirá en el acto. Luego nos ocuparíamos de usted.

Esta vez estaba cazado. Sin posible evasión.

—Dios mío... —gemí, inclinando la cabeza—. No puedo dejarla morir... por culpa mía. —Entonces, decídase de verdad. Cumpla su misión sin engaños. La persona a quien va a matar será una víctima fácil. Pero no habrá motivo para el arrepentimiento. Lo sabrá después, cuando haya cumplido la tarea. ¿Qué responde?

No podía responder otra cosa. Estábamos en sus manos.

—Acepto —dije—. Mataré a ese hombre. ¿Quién es él?

—Lo sabrá dentro de dos semanas. Cuando salga de aquí y se encuentre con él en determinado lugar... Hasta entonces, repose tranquilo. Verá a su amiga Jayne, para que sepa que nada le ocurre.

* * *

Mi hombre estaba allí.

Iba a matarle. No tenía otra salida posible y lo sabía. Estaba dispuesto a todo. Era mi hora. El momento de convertirme en un asesino a sangre fría, en un instrumento más de la Fundación.

Sabía que tras aquella puerta me esperaba mi víctima, bien ajena a lo que iba a ocurrirle. Tenía pocas referencias de ese hombre. Justamente las que me habían dado el doctor Nichols y el Director, el doctor Ingram.

Jayne me había despedido llorando. Me había suplicado que no matara, que no me convirtiese en un asesino por causa de ella. Que era preferible morir.

Yo apenas la había escuchado. Estaba como en trance. No quena oír ni sentir nada. Ciertamente que allá, en el fondo de mi ser, estaba intentando ganar tiempo, tener una posibilidad, una sola, de hacer trizas la Fundación.

Pero en mi fuero interno sabía que eso era imposible. Que jamás lograría vencerles. Que no había alternativa.

Ellos se enterarían enseguida de mi fracaso o de mi arrepentimiento, si no llevaba a la práctica la ejecución. Sería la sentencia de muerte inmediata para Jayne.

En ese caso, ¿cómo hacerlo? ¿Cómo engañar a la Fundación, cómo rescatar a Jayne de un lugar donde era imposible penetrar? ¿Cómo convencer a nadie de lo que sucedía?

No me dejaban otro camino. Contra mis principios, contra mi conciencia, contra todo lo que yo era, tenía que convertirme en un asesino.

Y eso iba a suceder ahora. Ahora mismo, tras aquella puerta a la que me estaba aproximando paso a paso...

Ya había abatido a dos hombres con balas misericordiosas. Eran simples cápsulas narcóticas, dardos adormecedores que, al clavarse en cualquier punto del cuello, sobre una vena, adormecían a la

persona herida. Minutos más tarde, recuperaban el conocimiento sin daño alguno.

Ahora empuñaba la otra arma. El revólver silencioso con tubo prolongado. Para disparar una bala mortal sobre el hombre llamado Fulton Reeves.

Fulton Reeves era mi víctima. Sólo sabía eso de él. Y que era un importante magnate de la industria electrónica y muy cercano al Gobierno de los Estados Unidos. Ni una palabra más. Recordaba vagamente el nombre de Reeves, pero eso era todo. El regresaba ahora de un largo viaje por Europa y Oriente Medio. No podía esperar que yo, su verdugo, estuviese allí, tan cerca de él ahora...

Empecé a abrir la puerta. Suave, lentamente. Una voz me llegó del interior y me resultó vagamente familiar:

—¿Es usted, Spencer? Ya puede pasar, por favor. Terminó este trabajo y me retiro a descansar...

Abrí del todo. Mi hombre estaba allí, ante su mesa de trabajo, despachando sus asuntos, trabajando hasta bien avanzada la noche. No alzó la cabeza cuando me acerqué a él. Creía que era uno de los hombres de su escolta personal. No sospechaba nada.

Di un paso, otro, otro...

El, entonces, levantó la cabeza, sorprendido por mi mutismo.

—¿Qué ocurre, Spencer, para qué...? —Se detuvo a media frase, mirándome con infinito estupor.

Y yo también a él.

Ni siquiera parecía ver mi pistola con silenciador. Sólo me miraba a mí. A mi rostro. Y yo al suyo.

Ahora sabía por qué su voz me había resultado familiar poco antes. Tenía que sermelo, al menos últimamente.

Era *mi propia voz actual*.

Y él, Fulton Reeves, mi víctima... era *idéntico* a mí.

Fulton Reeves y yo éramos iguales, como dos gotas de agua.

CAPÍTULO VIII

—Dios mío... ¿Qué significa esto? —musitó.

Tardé en responder. Mi voz era igual a la suya al hablar. Mi rostro idéntico al suyo en todo. Teníamos las mismas facciones, la misma voz. Yo era su duplicado exacto. El duplicado creado por la Fundación.

—No sé —musité, vacilante, inseguro—. No lo sé, maldita sea...

—¿Quién es usted? —me espetó, viendo por primera vez el arma y palideciendo.

—Frank Rodney es mi nombre actual —dije sordamente—. Antes me llamé Gene DeForest. Es una larga historia. Usted es Fulton Reeves, ¿verdad?

—Bien parece saberlo. Pero ¿por qué somos *iguales*?

—Lo ignoro, aunque empiezo a sospecharlo —una horrible idea germinaba en mi confusa mente en esos momentos—. Usted es importante para la nación, ¿verdad?

—Y para el mundo entero —sonrió con amargura—. Si ha venido a matarme, supongo que es por encargo, sin saber lo que hace exactamente. ¿Le eligieron parecido a mí, o han trabajado en usted con medios quirúrgicos?

—Cirugía plástica, Reeves —le expliqué duramente—. Quieren que le mate.

—Lo supongo. Luego usted me suplantaré.

—Ésa es la espantosa idea que se me ha ocurrido al verle.

—Más espantosa de lo que imagina. Matar a un hombre puede no tener importancia para usted, un simple asesino a sueldo. Pero suplantarme a mí sin que el mundo lo sepa, sería espantoso.

—¿Por qué? —repliqué—. Yo no soy un asesino. Me obligan a hacer esto. Si no le mato a usted, otra persona a quien amo morirá.

—Y si me suplanta a mí, si desde ahora es usted Fulton Reeves, el mundo entero puede hacerse pedazos un día. ¿Sabe quién soy, exactamente? Fulton Reeves, presidente y propietario de la EWI, Electronic World International. Una multinacional de mecanismos electrónicos y piezas de alta precisión cibernética en proyectiles nucleares y sistemas de seguridad nacional, controlando por un microcerebro computador, de mi invención, la totalidad de las fuerzas estratégicas de los Estados Unidos y de la OTAN, así como medios excepcionales de la Defensa Nacional.

—De modo que, muerto usted, si yo le suplanto puedo hacer estallar el mundo, sólo cumpliendo unas instrucciones determinadas de alguien... —susurré, aterrado.

—Algo parecido —sonrió tristemente—. Bien, cumpla su misión. Como ve, estoy desarmado y en sus manos...

Le miré largamente. Bajé mi arma. Moví la cabeza con lentitud.

—No —dije—. No le mataré. No soy un asesino, ya se lo dije. Estaba a punto de cometer mi mayor error.

No iba a ser libre por matarle a usted, Reeves. Sólo me convertiría en su doble para un desastre mundial a corto o largo plazo, que convendría a alguien que paga por ello a la Fundación. Prefiero terminar con todo esto. Pero por favor, escúcheme. Y si puede usted, suplantándome *a mí*, ir a la Fundación, rescatar a una joven llamada Jayne Lang y luego evadirse, tanto mejor. Pero escuche mi historia, se lo ruego...

—Adelante —me invitó Reeves, con ojos brillantes—. Hable, se lo ruego...

Le conté toda mi historia. Absolutamente toda.

Y él me escuchó...

* * *

—Bien, amigo mío —suspiró Reeves, moviendo la cabeza al término de mi relato—. Veo que todo resultó bien. Usted no ha sido un criminal como esperaba. Y yo sigo con vida. Ahora permítame que, a cambio de su nobleza en este difícil asunto, colabore con usted de alguna forma.

Pulsó un timbre sobre su mesa. Miré sobresaltado, a una puerta. Ésta se abrió, apareciendo en ella una persona que me era conocida.

—¡Teniente Taylor! —exclamé, asombrado, poniéndome en pie con sobresalto—. Usted aquí...

—Le tuve en todo momento bajo control, Rodney —me sonrió el policía—. De haber intentado matar a Reeves, usted hubiera sido el muerto.

—Pero usted sabía...

—Casi todo. Su historia completa el rompecabezas —asintió Taylor. Me señaló a un acompañante suyo, un hombre alto, severo y taciturno—. Le presento al agente especial MacClark, del FBI. Él sabe lo sucedido con Maynard y muchas cosas más. Tanto él como yo andamos detrás de la Fundación. Creo que, gracias a usted y su constancia y valor en combatirlos, vamos al fin a poder terminar con ellos y con sus siniestras influencias.

—Pero Jayne... —musité.

—No tema por ella —sonrió jovialmente—. El señor Reeves, en efecto, suplirá a usted en el regreso a la Fundación. Pero iremos con él mucha gente, que convenientemente apostada, intervendrá en el momento oportuno. Su Jayne estará a salvo, no tema. Usted puede descansar tranquilo, mientras tanto. Ahora prepararemos el escenario adecuado y daremos la muerte de Reeves por radio y TV. Eso preparará el camino a su falso regreso y a la liberación de Jayne, aunque sólo sea provisional, ya que usted sabe que pretendían seguir manejándoles de por vida como instrumentos a su servicio...

—Confío en ustedes —dije, anonadado.

—Hace bien —me alentó Taylor—. Volveremos con su amada Jayne.

* * *

Y así fue.

La Fundación cayó, gracias a la redada montada por el FBI y la policía. Gracias también, según ellos, a mí, el hombre que vivió dos veces y que, naturalmente, también morirá algún día por segunda vez.

Jayne fue liberada. Se reunió conmigo enseguida.

Yo vuelvo a ser Gene DeForest. Frank Rodney ha muerto en el recuerdo. Pero también el matrimonio inicial de Gene DeForest ha

muerto. Me divorcié de Shirley, precisamente cuando más feliz se mostraba ella por la «resurrección» de su «amado» «esposo». No me dolió darle este segundo disgusto.

Ahora, Jayne Lang se llama Jayne DeForest.

Y ambos somos felices.

Creo que nos lo hemos ganado.

FIN



Juan Gallardo Muñoz, nacido en Barcelona en 1929 y fallecido el 5 de febrero de 2013, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal.

Sus primeros pasos literarios fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario Imperio, de Zamora, y en las revistas barcelonesas Junior Films y Cinema, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix. Su entrada en el entonces pujante mundo de los bolsilibros fue a consecuencia de una sugerencia del actor George Sanders, que le animó a publicar su primera novela policíaca, titulada *La muerte elige*, y a partir de entonces ya no paró, hasta superar la respetable cifra de dos mil volúmenes. Como solía ser habitual, Gallardo no tardó en convertirse en un auténtico todoterreno, abarcando prácticamente todas las vertientes de los bolsilibros —terror, ciencia-ficción, policíaco y, con diferencia los más numerosos, del oeste—, llegando a escribir una media de seis o siete al mes, por lo general firmadas con un buen surtido de seudónimos:

Addison Starr | | Curtis Garland (y también, Garland Curtis) | | Dan Kirby | | Don Harris | | Donald Curtis | | Elliot Turner | | Frank Logan | | Glenn Forrester | | John Garland (a veces, J.; a veces, Johnny) | | Jason Monroe | | Javier De Juan | | Jean Galart | | Juan Gallardo (a veces, J. Gallardo) | | Juan Viñas, | | Kent Davis | | Lester Maddox | | Mark Savage | | Martha Cendy | | Terry Asens (para el mercado latinoamericano, y en homenaje a su esposa Teresa Asensio Sánchez) | | Walt Sheridan.

Fuera ya de los bolsilibros también abordó otros géneros diferentes, tales como libros de divulgación sobre diversos temas —brujería, música, póker—, cuentos infantiles u obras de teatro, e incluso fue guionista de cuatro películas: No dispare contra mí (José María Nunes, 1961); Nuestro agente en Casablanca (Tulio Demichelli, 1966) exhibida, además de en nuestro país, en Italia y en Estados Unidos; *Sexy Cat* (Julio Pérez Tabernero, 1973) y *El pez de los ojos de oro* (Pedro L. Ramírez, 1974).

Durante muchos años publicó libros en todas las editoriales de literatura popular desde mediados de los años 50 hasta principios de los años 80, en la que desapareció la editorial Bruguera. Esto no quiere decir que Juan Gallardo haya dejado de escribir ya que, a diferencia de otros antiguos compañeros suyos, ha mantenido hasta hoy una envidiable actividad creativa aunque, lógicamente, enfocada ya hacia otros géneros. En la base de datos del

ISBN

aparecen registradas novelas suyas del oeste, publicadas por Astri y Ediciones B, al menos hasta el año 2000, y en 2002 Astri le dedicó en exclusiva la colección Piratas, encuadrada el antiguo género de corsarios. Desaparecida también esta editorial Gallardo pasó a colaborar con Dastin, vínculo que se mantiene hasta el presente. De esta reciente etapa datan siete biografías de mexicanos ilustres, diez adaptaciones de clásicos juveniles, un Diccionario de biografías de grandes figuras de la historia y, con motivo del IV centenario del Quijote, una adaptación juvenil de la obra de Cervantes. Escribió asimismo un par de novelas históricas serias tituladas *La conjura* (2009) y *La clave de los evangelios*. En Morsa ha publicado *La noche de América agonizante* y su autobiografía, *Yo, Curtis Garland*.